



Embajadores de Paz

Hacia una Teología Bíblica de la Paz

Congreso
con Juan Driver



CEMTA


Centro Evangélico Mennonita
de Teología Asunción

Sede Regional de la "Facultad de Teología"

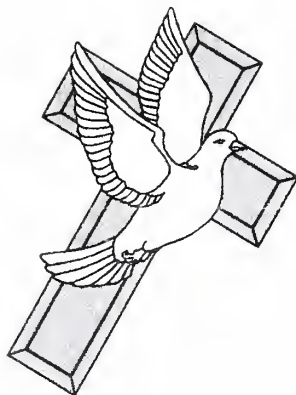


Universidad Evangélica
del Paraguay

San Lorenzo, 28-30 de setiembre
de 2000



Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Institute for the Study of Global Anabaptism



Embajadores de Paz

Hacia una Teología Bíblica de la Paz

Congreso

con Juan Driver



CEMTA

Centro Evangélico Mennonita
de Teología Asunción

Sede Regional de la
"Facultad de Teología"



Universidad Evangélica
del Paraguay

**San Lorenzo, 28-30 de setiembre
de 2000**

Mennonite Historical Library
Goshen College, Goshen, Ind.

61.873
D13 en.
2000

Derechos reservados del Autor

*Prohibida toda publicación
parcial o total sin permiso del Autor*

Publicación ocasional de CEMTA
Casilla 22007, San Lorenzo 2160,
Paraguay

Teléfonos: (021) 582 844/584 421
e-mail: cemta@quanta.com.py

Indice

Página

I. La violencia en el A.T. Y el Dios de la justicia y la paz.....	3 - 14
II. La política de Jesús pacificador por excelencia.....	15 - 24
III. Paz y salvación y la obra redentora de Cristo.....	25 - 34
IV. La paz y la misión de la iglesia.....	35 - 44
V. Dios y César: Paz y militarismo.....	45 - 54
VI. La vivencia de la paz a nivel de la comunidad y la familia.....	55 - 65
VII. Hacia una espiritualidad de la paz.....	66 - 76

I. LA VIOLENCIA EN EL A. T. Y EL DIOS DE LA JUSTICIA Y LA PAZ

La pregunta que se nos hace cuando hablamos del tema de la paz es, ¿Y qué del problema de la violencia en el Antiguo Testamento? Es como si no tuviéramos una respuesta adecuada, entonces lo que podemos decir a favor de una visión bíblica de la paz carece de sentido. En España yo fui conocido como exponente de la paz y la no violencia. Que yo sepa no hubo otro entre los Evangélicos que tomara esta posición. Desde hace tiempo yo decidí que, si bien era problema para los que formularon la pregunta, para mi no sería problema. No niego la existencia de violencia en las páginas del Antiguo Testamento pero yo parto de la postura que Jesús, como Mesías de Dios en el mundo, es el que ofrece la interpretación definitiva del Antiguo Testamento. Esta era la antigua expectativa judía. Cuando viniera el Mesías él daría la interpretación definitiva a la ley. Por eso la admiración que encontramos al final del Sermón del Monte. "La gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba con autoridad, y no como los escribas." (7:28-29)

Les anticipo que esta es la clave fundamental con que yo leo e interpreto la Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, y no sólo en torno a la violencia, sino en relación con todos los demás temas que intento comprender para poner

en práctica. Tendremos más que decir sobre nuestras presuposiciones hermenéuticas sobre la marcha de estas charlas.

Introducción:

Muchas veces se han notado diferencias entre los dos testamentos en relación con sus actitudes hacia la violencia. Con notables excepciones (y, como veremos, éstas son importantes) se desconoce en el Antiguo Testamento ese respeto para con la vida humana, ese amor "agape" incondicional, y el espíritu no resistente hacia el malhechor que caracterizan al Nuevo Testamento. Este contraste se nota cuando, por ejemplo, comparamos a Jesús con los tres personajes veterotestamentarios más frecuentemente mencionados en los Evangelios, y por lo tanto, asociados con él: Moisés, David y Elías (Dt. 18:15ss; Jn. 1:17,21; 3:14; Mt. 17:3,12 y paralelos; Mt. 1:1; 9:27; 12:23; 21:9,15 y paralelos).

Moisés dio órdenes que resultaron en la matanza de tres mil hombres tras el episodio del becerro de oro (Ex. 32:28). David pasó una buena parte de su existencia como hombre de guerra. Se vio envuelto en matanzas, venganzas e intrigas hasta tal punto que no fue candidato para construir el templo. Y aún Elías es recordado por la matanza sangrienta de los cuatrocientos profetas de Baal.

En contraste con éstos, Jesús es presentado como el que ofrece su propia vida para rescatar la vida del asesino (Barrabás) y perdona en lugar de condenar a la muerte a la mujer tomada en el acto de adulterio. Se señala que tan solamente el profeta Jeremías, entre los "grandes profetas" del Antiguo Testamento, era no violento a la manera de Jesús y los apóstoles.

En el Antiguo Testamento encontramos relatos de guerras, incluso de exterminio, aparentemente ordenadas por Yahveh (Núm. 31:17; Dt. 20:13-18; Jos. 8:22-24; 10:25-28; Jue. 21:10; 1 Sam. 15:3). El Antiguo Testamento parece desconocer las actitudes de bondad y benignidad hacia todos y el amor aún para los enemigos que son características del Nuevo Testamento. A la luz de estas diferencias son comprensibles las actitudes de Marción, que fue tentado a rechazar el Antiguo Testamento por encontrarlo contrario y contradictorio al evangelio, y de Ulfilas, aquel misionero entre los godos antiguos en el sureste de Europa, que desistió de traducir algunos pasajes en el Antiguo Testamento para sus nuevos convertidos, ya que eran por naturaleza tan belicosos.

Y aún en la literatura devocional del pueblo de Dios del antiguo pacto encontramos la invocación de maldición y violencia sobre aquellos que son considerados como enemigos de Dios (Sal. 137:7-9).

Pero en contraste con estas actitudes y

acciones violentas, hay otra corriente en el Antiguo Testamento en la cual se descubre cierto espíritu de paz y confianza en Dios para la supervivencia del pueblo (en lugar de confianza en el poderío militar). Hay ciertos pasajes que parecerían desaprobador la matanza humana (1 Sam. 2:9; 25:31-33). Y por haber sido hombre de guerra y haber derramado mucha sangre, David no habría de edificar casa a Yahveh (1 Cron. 28:3).

También tenemos los textos proféticos que anuncian el fin de las guerras para el pueblo de Dios en la era mesiánica (Is. 2:4; 11:6-10; 23:17-18; Miq. 4:3; Os. 2:18; Zac. 9:10; Sal. 72:3,14). (Desde luego, la cuestión de cuándo es la era mesiánica es pertinente aquí. Algunos la colocarían más allá de la historia, en el milenio. Pero otros pensamos que, aunque todavía se espera su cumplimiento pleno, ya ha sido inaugurada con la venida del Mesías, y que la paz que es la intención de Dios para la humanidad, es ya una posibilidad real en la comunidad mesiánica.) A veces los profetas recomendaban que el pueblo de Dios se rindiera ante sus enemigos (Is. 20; Jer. 21:18-10; 27:8-13) y otras veces los profetas denunciaban la futilidad de la guerra señalando que el poderío militar y las alianzas militares y políticas ofrecían una seguridad falsa (Is. 30:1-7; 31:1-3; Jer. 17:5). Y en contraste con los Salmos imprecatorios, el Salmo 37, por ejemplo, recomienda la confianza

en Yahveh a fin de ser vindicado ante sus opresores.

En un intento de resolver (aunque sea en parte) el enigma de la diferencia marcada entre los dos Testamentos en relación con la actitud hacia la violencia propongo:

1. Señalar la existencia en el Antiguo Testamento de dos corrientes fundamentalmente opuestas: la primera, caracterizada por una tendencia a acomodarse al medio ambiente en que Israel antiguo se encontraba, es decir, "ser como las naciones" y la segunda, que confía en Dios para la salvación y la supervivencia del pueblo.

2. Señalar las raíces, o antecedentes, en el Antiguo Testamento de la actitud de Jesús hacia el valor de la vida humana y hacia la violencia.

3. Señalar, especialmente en los profetas, una visión de un Dios de justicia y de paz.

A) Una Corriente de Acomodación al Medio Ambiente

Vemos a través del Antiguo Testamento la forma en que persiste una corriente de acomodación a los valores y las estructuras socio-políticas que prevalecían en el medio ambiente en que vivió Israel. Un ejemplo claro de esto es la forma en que los hebreos quisieron llegar a ser nación al estilo de los otros reinos del cercano oriente. Aparentemente amenazados por los filisteos, que gozaban de un

gobierno fuerte y centralizado, ya no estaban dispuestos a simplemente confiar en Dios y esperar que él levantara líderes carismáticos para salvarlos. Ellos pedían un rey "como tienen las naciones" (1 Sam. 8:5).

Samuel les advirtió de las consecuencias adversas que traería la constitución de una monarquía. En lugar de confiar exclusivamente en Yahveh para su salvación en tiempo de peligro, buscarían su seguridad en su rey. Y esto traería reclutamiento militar, confiscación de propiedades, trabajos forzados e impuestos aplastantes a fin de sostener al rey y su corte y mantener su poderío militar, y finalmente, advirtió Samuel, el pueblo se quejaría, pues el poder corrompe (1 Sam. 8:10-18).

Pero aun Samuel manifiesta evidencia de esta acomodación al medio ambiente en la forma en que insiste en que el rey Agag de los amalecitas ha de ser ofrecido a Yahveh como sacrificio humano (1 Sam. 15:33). A fin de comprender la acción de Samuel es útil compararla con una inscripción que aparece en la antigua piedra moabita. En ella el rey de Moab describe la forma en que venció en batalla a una ciudad israelita y tomó cautivo a su caudillo. Este fue arrastrado antes su dios, Quemosh, y allí el rey le cortó en pedazos, aparentemente en la misma forma en que Samuel "cortó en pedazos a Agag". De modo que en esto nos preguntamos si Samuel mismo no estaba actuando como las demás naciones.

Es notable que aún en aquello en que Israel se acomodaba a las naciones en la monarquía hubo una preocupación porque fuese más ajustada a la intención de Dios en su funcionamiento. Las instrucciones acerca del rey que aparecen en Deuteronomio 17:14-20 representan un notable intento profético de recordar la verdadera intención de Yahveh en relación con Israel: ser un pueblo que vive y sobrevive confiando en él. Un estudio más extenso de este pasaje representativo nos ayudará a captar el espíritu que caracterizaba la corriente de confianza en Dios con más claridad.

En primer lugar, es evidente que poner un rey "como todas las naciones" es la alternativa a vivir en el camino de Yahveh (14). La frase, "como las naciones" es prácticamente un término técnico para describir la vida contraria a la intención de Yahveh para Israel. Se trata realmente de apostasía donde se confía en el poderío del monarca y su ejército en lugar de confiar en Yahveh. Pero aún más, habiendo rey, él debe ser escogido por Dios (15). Esta elección por Yahveh, dada a conocer por medio del profeta, debía garantizar la posición de la palabra e intención de Dios por encima de la función del rey. Elección divina debía asegurar obediencia y lealtad a Yahveh. Realmente poner el rey que Dios escoge (15) es una alternativa a "pondré" (yo) un rey sobre mí, "como todas las naciones" (14).

Segundo, el rey que Dios escoge será

"de entre tus hermanos" más bien que "extranjero" (15). No se trata de preocupación por la pureza racial, sino de la igualdad bajo el pacto de Dios. El término "hermano" se emplea frecuentemente (veinticinco veces) en Deuteronomio y su uso especialmente para subrayar las responsabilidades mutuas de igualdad. El hermano es el que libera en el año de remisión al que ha caído en la servidumbre (15:1ss); le rescata de su pobreza (15:7,9,11); le ayuda a mantener su herencia (22:1-4; le presta dinero sin intereses (23:19); le trata con honradez (19:18-19). De modo que ser rey bajo el pacto de Yahveh en una relación fundamentalmente fraternal es una manera de asegurar el reinado de Yahveh sobre Israel.

Tercero, "no aumentará para sí caballos" (16). En Israel antiguo el caballo no era usado, ni para el deporte, ni para el trabajo, sino que era instrumento de guerra. Esto es una expresión más de una tradición en Israel antiguo que se oponía al mantenimiento de un ejército "moderno". (Véase Josué 11:4,6,9; 2 Samuel 8:4; Isaías 30:1-4,7; 31:1-3; Oseas 14:4, Miqueas 5:19.) Esta provisión estaba destinada a proteger a Israel contra el desarrollo del militarismo en su medio. Dependiendo de un ejército bien equipado era rehusar confiar en Dios y en su milagro a favor de su pueblo. En el mismo versículo hay otra instrucción semejante, "ni hará volver al pueblo a Egipto con el fin de aumentar caballos" (16). Según

el testimonio de las tablas de Amarna, los reyes canaanitas compraban tropas a cambio de esclavos. Probablemente esta instrucción condena esta clase de empresa. La hermandad, con la igualdad que implicaba, era sumamente más importante en el pueblo del pacto que el poderío militar.

Cuarto, la siguiente instrucción, "no tomará para sí muchas mujeres" (17), está dirigida contra la formación de alianzas extranjeras a fin de garantizar la seguridad política nacional. Según las costumbres en el medio oriente antiguo, estas alianzas eran formalizadas por medio de un matrimonio real. En principio estas alianzas eran idolátricas porque en lugar de confiar exclusivamente en Yahveh, depositaban su confianza en otras fuentes de seguridad, comprometiendo a Israel en las estructuras socio-económicas y políticas de "las naciones". De modo que los dioses de las mujeres del rey llegarían a ser reconocidos en Israel, colocando a Israel dentro de las estructuras politeístas de la época.

Quinto, "ni plata ni oro amontonará para sí en abundancia" (17). Esta instrucción se dirige contra la ostentación y la riqueza reales a fin de proteger la realidad de hermandad e igualdad en Israel frente a la amenaza del poderío real. Entre los reyes canaanitas era costumbre amontonar riquezas y

propiedades y luego premiar a sus soldados más destacados, creando así una casta militar adinerada. Todas estas instrucciones negativas estaban destinadas a proteger el concepto de la fraternidad en Israel (15) y evitar que surgiera una realeza "como todas las naciones" (14). El radicalismo de este intento de transformar el concepto tradicional (es decir, "de las naciones") de realeza no debe perderse de vista. Un comentarista de orientación tradicional ha dicho de esta sección: "Se ha llegado al colmo del idealismo impráctico en la ley relacionada con el rey" (citado en Craigie, *The Book of Deuteronomy*, p. 253, nota 9). Pero en la comunidad del pacto sólo lo Dios es Rey, y para que el rey humano pueda asumir esta función, es necesario que él renuncie a la esencia de su existencia real: su poder.

Y en sexto lugar, si el rey en Israel no habría de depender del poder militar, económico ni diplomático "como las naciones", ¿en qué poder habría de basarse? La respuesta la proveen los versículos 18-20. "Escribirá para sí un libro, una copia de esta ley ... y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos". Confianza en Yahveh y obediencia a su voluntad son la única base para la conservación de la hermandad (y la igualdad que esto implica) en Israel. Y esta visión no es

una mera espiritualización, pues es la base adecuada para "que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel" (20).

B). Una Corriente de Confianza en Dios

Desde los comienzos de la historia del pueblo de Dios, se nota la forma en que la vida de éste se distingue claramente de los valores de las naciones que lo rodeaban. En sus mitos los vecinos de Israel en el medio oriente antiguo conceptualizaron la creación del universo natural surgiendo de una guerra a muerte entre sus dioses. En contraste, la historia hebrea describe a un Dios que, mediante el soplo pacífico y creador de su Espíritu, estableció el universo natural para luego crear la vida que habita en ella para vivir en comunión con la naturaleza, entre sí y con su Creador.

Pero donde se nota con mayor claridad la ruptura entre la visión de la Biblia y los valores de las naciones que rodeaban a Israel es en el relato de Babel y la vocación de Abraham (Gén. 11:1-9; 12:1-5). Dios creó de los hebreos un pueblo para sí. Ellos no hicieron "un nombre" para sí, como intentaron otros pueblos. Dios no hizo de ellos una nación al estilo de las otras naciones. Los formó en el pueblo de su pacto y su existencia misma dependería de su disposición a confiar en él y obedecerle.

En el éxodo liberador de Egipto

vemos un ejemplo de la forma en que Dios quiso que su pueblo confiara en él y le siguiera. Este evento es realmente fundamental para la identidad de Israel. Aún siendo los hebreos una muchedumbre de esclavos en Egipto. Dios manifestó su poder a favor de ellos, liberándoles frente a Faraón. Y en el Mar Rojo, estando el pueblo totalmente indefenso, Dios derrotó al ejército de Faraón. Posteriormente la caída de las murallas de Jericó es otro ejemplo más de la forma en que Dios lucha a favor de su pueblo.

Hacia el final de su vida, Josué desafió al pueblo a la fidelidad y obediencia en Siquem (Jos. 24). Relató la historia del pueblo hebreo comenzando con la vocación de Abraham, refiriéndose luego al éxodo y finalmente a la entrada en Canaan. Josué concluye diciéndoles que no ha sido "con tu espada, ni con tu arco" que la victoria ha sido lograda. En cambio, ha sido el Señor mismo que les ha dada "la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis" (24:12-13). En su interpretación de estos eventos Josué anticipó a Zacarías, "esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (4:6).

En el curso de la historia de Israel, se destacan una serie de ejemplos más donde el pueblo sencillamente depende de Dios que da la victoria.

En Jueces 7 se describe la liberación del pueblo de Dios bajo Gedeón y una cuadrilla de trescientos hombres armados de trompetas, cántaros vacíos y una pequeña antorcha encendida. Es igualmente notable que cuando el pueblo quiso proclamarle rey y establecer su dinastía, Gedeón rehusó, pues Yahveh es el Rey que se enseñorea sobre su pueblo (Jue. 8:22-23).

Al profeta Eliseo, también, se le acreditan victorias por medio de la profecía, más bien que por medio de su proeza militar (2 Rey. 6:8-23). La confusión le sobrevino al rey de Siria y fue tomado cautivo. Pero en lugar de destruirlo, Eliseo mandó ofrecerle un banquete "y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel" (6:23). En otra ocasión Samaria estuvo rodeada del ejército sirio y Dios le hizo creer que otro ejército los atacaba y huyeron durante la noche en gran confusión para salvar sus propias vidas (2 Rey. 6:24-7:20).

El ejemplo más notable de intervención divina para la salvación de Israel está relatado en 2 Cron. 20: Ante un ataque masivo de tribus del sur, el rey Josafat reclama la ayuda de Yahveh. La respuesta por boca del profeta fue la siguiente: "No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios" (20:15). Luego se organizó una procesión cúllica en que participaron el profeta, grupos asociados con el templo, cantores y

todo el pueblo entonando cantos de alabanza: "¡Alabad a Yahveh, porque es eterno su amor!" (20:21, Biblia de Jerusalén). Luego encontraron que el ejército enemigo se había destruido a sí mismo a través de conflictos entre facciones. La interpretación del evento es importante. "El terror de Dios cayó sobre todos los reinos de los países cuando supieron que Yahveh había peleado contra los enemigos de Israel" (20:29, Biblia de Jerusalén).

Luego, durante el reinado de Ezequías, los ejércitos de los asirios bajo Senaquerib, sembraron terror y destrucción entre las ciudades de Palestina y cercaron a Jerusalén. En esta situación el profeta Isaías invitó al rey a sencillamente confiar en Dios. Y efectivamente, no fue la proeza militar de Judá que finalmente destruyó el cerco de los asirios. Esa noche murió una multitud de soldados asirios, posiblemente víctimas de una plaga misteriosa y Senaquerib volvió a Asiria sin tomar Jerusalén (2 Rey. 19:14-27).

Hubo otras ocasiones cuando los relatos bíblicos señalan que además de "esperar en Yahveh", también utilizaron sus propias armas. Y en otras ocasiones la participación armada de Israel ocupa un lugar más destacado todavía. Pero un hilo que une a todas estas experiencias es la convicción, y la confesión de Israel, de que la victoria es de Yahveh. Dios vela por lo suyos, defendiéndolos y protegiéndolos. Esta es la interpretación teológica que el Antiguo

Testamento ofrece a estos eventos.

C) Dos Corrientes de Esperanza Mesíánica

Estas dos corrientes que caracterizaron la actuación de Israel antiguo también estaban presentes en las esperanzas mesiánicas del pueblo de Dios. Según una de estas corrientes la figura del rey David llegó a aceptarse como paradigma del líder ideal del pueblo. Israel esperaba que su libertador sería un "hijo de David", un segundo David que establecería de nuevo las glorias nacionales de antaño, una nueva era gloriosa de poder político y de dominio militar. En el Salmo 2 tenemos un ejemplo de este hilo de esperanza mesiánica. "...Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme y te daré por herencia a las naciones. Y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás" (2:7b-9).

Se esperaba que el Mesías restaurara a Israel la supremacía política y militar entre las naciones sujetándolas bajo su dominio. Esta visión era compartida por un amplio sector del judaísmo en la época de Jesús. Lo mismo puede decirse del período inmediatamente antes del nacimiento de Jesús. Los macabeos, y sus sucesores los zelotes, al igual que el grupo que ejercía el poder religioso en Israel, los saduceos, todos suscribían, de una manera u otra, a esta visión para la restauración de Israel. Era una visión esencialmente semejante a las

aspiraciones nacionalistas y los valores que caracterizaban a las naciones que rodeaban a Israel.

Pero también se observa en el Antiguo Testamento una corriente de esperanza mesiánica muy diferente. Debido a los fracasos de los dos reinos, tanto Israel como Judáen el sur, los profetas se pusieron a reflexionar sobre el significado de su historia. De la existencia misma de Israel como pueblo del pacto y de su supervivencia por medio de su confianza en la providencia de Yahveh, los grandes profetas de Israel proyectaron una esperanza para el futuro con una visión del Mesías muy diferente a la figura davídica generalmente aceptada.

Los profetas que más contribuyeron a la supervivencia de Israel como pueblo de Dios, y apuntando hacia una esperanza más allá del juicio del exilio, tejieron la tela de esa esperanza con estos dos hilos vitales de la autocomprensión de Israel: 1) su dependencia no violenta en Dios para su supervivencia, al igual que para su existencia, y 2) la expresión sináutica de las relaciones sociales en la comunidad del pacto resumida con más claridad en las provisiones sabáticas y de jubileo. Isaías y Miqueas compartieron una visión del reinado mesiánico futuro caracterizado por el "shalom" (Is. 2:2-4; 9:2-6; 11:1-9; Miq. 4:1-4) y por la proclamación del jubileo, "del año de la buena voluntad de Jehová" (Is. 61:2). Llegaron a la

convicción de que el Siervo Sufriente de Yahveh sería el ungido de Dios, su Mesías.

Efectivamente fue así, puesto que esos son precisamente los mismos hilos que Jesús recoge en la identificación de su misión mesiánica. Si bien es cierto que los evangelistas retienen la figura mesiánica del "Hijo de David", es del concepto del Siervo Sufriente de donde saca Jesús el contenido concreto de su misión mesiánica. Cuatro veces en Mateo se une el título mesiánico, "Hijo de David" con sanidades que le identifican a Jesús como el Siervo Sufriente (Mt. 9:27; 12:23; 15:22; 20:30-31). Sin embargo el caso más notable es la forma en que el título, "Hijo de David", es unido con la visión del profeta Zacarías: "Decid a la hija de Sión: he aquí, tu Rey viene a ti, manso y sentado sobre una asna. Sobre un pollino, hijo de animal de carga ... Hosana al hijo de David: Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mt. 21:5,9b). En relación con la juxtaposición de estas dos figuras mesiánicas ("Hijo de David" y "Siervo Sufriente") Juan señala que ni siquiera los discípulos comprendieron sus implicaciones hasta después de su glorificación, hasta recibir el don del Espíritu Santo (Jn. 12:13-16).

D) Hacia una Visión Bíblica de la Paz y la Justicia

El concepto de shalom es muy importante en la Biblia. El término

se emplea una 350 veces en el Antiguo Testamento. Un diccionario de la lengua española no nos ayuda para comprender los sentidos bíblicos de justicia y paz. Debido a diversas influencias culturales en el occidente entendemos los términos en maneras que no son plenamente bíblicas. Por eso es necesario observar su uso en los textos bíblicos. La paz es un término con un sentido muy amplio. En su uso común podía significar la ausencia de guerra (Jue. 21:13; 1 Rey. 4:24) y la cesación de conflicto mediante una victoria (Jue. 8:9) o tratado de paz (Jos. 10:1), o aún una rendición (2 Sam. 10:19). Significaba un bienestar integral y podía usarse como sinónimo para salud, bienestar, seguridad y prosperidad (Sal. 85:8-10). Podía usarse como un saludo (1 Sam. 10:4) o podía referir a una muerte tranquila (2 Rey. 22:20). Podía significar las bendiciones de una vida de obediencia a Dios (Pro. 3:2) y de prole numerosa (Sal. 37:37).

Shalom muy especialmente tenía que ver con relaciones sanas con Dios, con otros y con la naturaleza. Según los profetas, reinaba la paz en Israel cuando había justicia, bienestar común, igualdad de trato y salud, de acuerdo con el orden establecido por Dios en el pacto que había hecho con su pueblo. Shalom es convivir según la intención de Dios expresada en las provisiones de su pacto. Por otra parte, cuando había desigualdad de oportunidades, injusticias, opresión, tanto social como económica, no había shalom.

Un ejemplo de esto lo vemos en la forma en que el profeta Jeremías se quejaba de los profetas falsos de su tiempo que, debido a la ausencia por el momento de conflicto armado, anunciaban por todas partes "paz, paz". Pero, por su parte, Jeremías respondía "no hay paz" (Jer. 6:14). Y en el mismo contexto encontramos la razón detrás de la denuncia de Jeremías. "Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se hicieron grandes y ricos. Se engordaron y se pusieron lustrosos, y sobrepasaron los hechos del malo; no juzgaron la causa, la causa del huérfano; con todo se hicieron prósperos, y la causa de los pobres no juzgaron" (Jer. 5:27-28).

De manera que para los hebreos, paz no era meramente la ausencia de conflicto armado, sino la presencia de condiciones que conducen al bienestar de un pueblo en todas sus relaciones sociales y espirituales. No es meramente tranquilidad de espíritu o serenidad de mente, o paz en el alma, sino que tiene que ver con relaciones armoniosas entre Dios y su pueblo y relaciones de justicia y concordia entre los miembros del pueblo. El "shalom" resultaba cuando se vivía según la intención de Dios para su pueblo, según su ley, justa, buena y santa.

De hecho las palabras paz, justicia y salvación son prácticamente sinónimas del bienestar que resulta cuando los humanos viven en la armonía creada por relaciones rectas y justas, y esta paz es nada menos que

el don de Dios a su pueblo. Y sobre todo, "shalom" describe el reino que el Mesías vendría a inaugurar. Isaías decía: "Cuán hermosos son sobre los montes los pies; del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: "¡Tu Dios reina" (Is. 52:7). Los paralelismos aquí nos ayudan a comprender el amplio significado de la paz.

Según la visión bíblica, la justicia era condición para que hubiera paz. Si bien es cierto que la paz es un regalo de Dios, desde la perspectiva humana hay ciertas condiciones. El pacto que Dios establece con su pueblo provee la estructura en que la justicia es realizada (Is. 32:16-17; Mal. 2:5-6). Cuando esto ocurre hay paz. La gracia experimentada por Israel en su liberación de Egipto alcanza su plenitud en Sinaí. Obedecer a Dios en el contexto de la libertad de su pacto es practicar la justicia. Pero la justicia bíblica no se trata meramente de equivalencias estrictamente aplicadas a los tratos entre las personas.

En nuestra tradición occidental hemos sido influenciados por los conceptos jurídicos romanos donde hacer justicia significaba (y esta es la definición que aparece en los diccionarios modernos) recompensar a cada cual de acuerdo con lo que merece. El concepto bíblico de la justicia no se limita a lo que llamaríamos justicia retributiva, es decir, galardonar a uno según lo

merecen sus hechos y castigar al otro según lo que merecen sus hechos. En contraste, el concepto de justicia en la Biblia se basa en la adecuación del comportamiento dentro de las relaciones bilaterales que caracterizan las relaciones del pacto con Dios y entre los humanos. Este comportamiento se describe en el Decálogo, especialmente en su resumen, "Amarás Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo" y en las provisiones sabáticas y de jubileo. En realidad Dios obra justicia mediante sus acciones salvadoras. Por eso, en ningún pasaje en el Antiguo Testamento tiene la justicia un sentido de castigo. Es más, descubrimos en los textos proféticos, donde se emplea un paralelismo poético, que justicia y salvación son sinónimas (Is. 45:21-25; 46:13; 51:4-6).

La justicia de Dios consiste en su cumplimiento fiel de los compromisos asumidos en el pacto con su pueblo. Por eso, la justicia de Dios realmente consiste de su actividad salvadora a favor de su pueblo. La justicia compasiva de Dios está basada, no en lo que merecemos, sino en lo que necesitamos. Por eso leemos tantas veces que Dios es el "que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto" (Dt. 10:17-18). En la visión bíblica la paz es el fruto de la justicia.

Conclusión:

Como cristianos confesamos que Jesús es el Mesías, la máxima expresión de la intención de Dios para su pueblo y para la humanidad entera (Heb. 1:1-2). El, como ningún otro, es autorizado para interpretar la historia del pueblo de Dios y revelar la intención de Dios descrita en la ley del Antiguo Pacto. Una de las convicciones mesiánicas más claras en Israel antiguo era que el Mesías, cuando llegara, traería una interpretación autorizada y definitiva de la ley de Dios (Jer. 31:31ss; Is. 2:3; 59:21; Ezeq. 36:26). De modo que la pregunta más importante para nosotros en relación con la violencia deja de ser, "¿Y qué de la violencia en el Antiguo Testamento?"

En cambio, lo que nos interesa, y lo único que importa en última instancia, es, ¿cuál es la evaluación que hace Jesús de esa violencia? ¿Y cuál era su actitud hacia ella? Esta es la cuestión que Jesús resolvió en el relato de las tentaciones que aparece al comienzo de los Evangelios Sinópticos. Luego reafirmó esta visión en una serie de situaciones que se le presentaron durante su vida y ministerio. Y finalmente la ratificó en la decisión angustiada de ofrecer su propia vida "en rescate por muchos".

Para los cristianos Jesús debe ser la clave para nuestra interpretación de toda la historia de la salvación. Y como seguidores del Mesías, es esencial que leamos el Antiguo

Testamento como él lo hacía, en lugar de insistir en explicaciones "satisfactorias" de la violencia en el Antiguo Testamento. Invocar al Antiguo Testamento a favor de alguna forma de violencia es presumir que estamos en mejor posición de entender el Antiguo Testamento que el mismo Jesús y los apóstoles, además de los cristianos de los primeros siglos.

En relación con esto uno se inclina a pensar que nuestra interpretación bíblica está ya determinada por nuestra disposición a obedecer (o falta de ella). Por ejemplo, entre los mandamientos de la "segunda tabla" del Decálogo, únicamente el de "no matarás" se sigue interpretando en un sentido estrictamente limitado, es decir, se prohíbe únicamente el homicidio voluntario. El mandamiento "no cometerás adulterio", en su forma original prohibía únicamente relaciones sexuales entre un hombre y una mujer casada. Sin embargo, la iglesia lo ha ampliado para incluir toda infidelidad sexual. El mandamiento "no hurtarás", que en el Decálogo probablemente prohibía el secuestro de personas, se interpreta en su forma más amplia para proteger toda persona y su propiedad contra la apropiación ilegítima. Y el mandamiento, "no hablarás contra tu prójimo falso testimonio", prohibía testimonio falso en un proceso jurídico que podría perjudicar al semejante, pero este mandamiento ha sido ampliado en la iglesia para incluir toda clase de falsedad.

De modo que me parece un tanto extraño que el mandamiento "no matarás" se siga interpretando en forma restringida sin incluir, por ejemplo, la guerra y la pena capital, y sobre todo, a la luz de la radicalización que Jesús dio a este mandamiento (Mt. 5:21-22) para llegar a incluir actitudes iracundas, insultos y palabras condenatorias hacia el semejante. De modo que según Jesús, no habría ninguna clase de violencia contra el semejante que no esté en principio prohibida por anticipado en dicho mandamiento.

La pregunta fundamental en relación con la violencia en el Antiguo Testamento es ésta: ¿Con qué clave interpretamos la violencia en el Antiguo Testamento? Con los macabeos, los zelotes y los saduceos, ¿consideramos la violencia como la intención de Dios para su pueblo en ciertas circunstancias? O, con Jesús, ¿vemos la violencia, aún en sus expresiones más socialmente aceptables (guerra justa y pena de muerte), como contraria a la máxima intención de Dios para las relaciones sociales del pueblo que lleva su nombre?

II. LA POLITICA DE JESUS PACIFICADOR POR EXCELENCIA

Introducción:

"Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt. 5:9). Jesús el pacificador por excelencia llama a sus seguidores pacificadores precisamente porque en esto se asemejan a Dios. En el mundo de los primeros siglos hubo otro que se hacía llamar "pacificador". Era el emperador romano.

Esto nos ayuda a comprender porque es apropiado que empleemos el término "política" para referirnos a la visión y la práctica mesiánicas de Jesús. Usamos el término en su sentido clásico que tiene que ver con la vida común en el *polis* en la ciudad. Tiene que ver con la vida ordenada de relaciones sociales entre los seres humanos. Tiene que ver con cuestiones de poder y autoridad, orden y estructuras sociales, de justicia y paz. Como hemos notado ya, *shalom* tiene que ver con justicia y bienestar social al igual que actitudes interiores de armonía y tranquilidad. La diferencia entre el pacificador por excelencia, Jesús, y el emperador romano no es que la paz que Jesús traía era puramente espiritual e interior y la paz que el emperador ofrecía requería estructuras sociales. Jesús discernió en la visión profética su

comprensión de paz y justicia, vividas en el contexto de relaciones salvadas bajo el pacto misericordioso del reinado de Dios. Constantino y sus sucesores tomaron su modelo de los monarcas del mundo antiguo. Recordamos que Israel también había pedido un rey "como las naciones".

Nuestros acercamientos "religiosos" a la vida cristiana han servido para oscurecer el hecho de que "Cristo" es realmente un título político. Es la forma griega de Mesías el Ungido o el Regente. Con razón Herodes se asustó cuando los magos del oriente vinieron preguntando, "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?" (Mt. 2:2). La juxtaposición de los reyes en Mateo 2 pone el escenario para el conflicto entre dos reinos que se va a describir a continuación en su evangelio.

A) Opciones Políticas en Palestina del Siglo I

Fueron fundamentalmente cuatro: 1) La del poder establecido. Estos eran los Saduceos y los herodianos que gozaban del poder. 2) La de los religiosos ortodoxos. Estos eran los Fariseos que cifraban sus esperanzas en un retorno a la observancia concienzuda de la ley. 3) La de los abstencionistas. Estos eran los Esenios que en su desacuerdo con el sistema habían optado por un retiro al

desierto. 4) La de los revolucionarios violentos. Estos eran los Zelotes que buscaban echar a los extranjeros opresores de su tierra por la fuerza.

Primero, la política de los herodianos y los saduceos consistía en colaborar responsable y pragmáticamente con las autoridades imperiales romanas con el fin de lograr el mayor beneficio posible para el pueblo judío. Ellos formaban parte de un élite aristocrático y, aunque pocos en número, ejercían un poder e influencia considerables. En contraste con los fariseos conservadores solían ser liberales en su interpretación de la torah. La estrategia de ellos se basaba en confraternizar con los romanos para obtener el mayor beneficio dentro de una situación intrínsecamente mala. Con esta estrategia pudieron salvar mucho. Salvaron el templo, el privilegio de determinar su propia vida y prácticas religiosas (cosa que pocos pueblos en el Imperio Romano pudieron lograr) y obtuvieron derechos para los judíos esparcidos en la diáspora por todo el imperio. Estos aceptaron la situación e hicieron lo mejor posible dentro de las circunstancias. Esta fue la política que llevó a Caifás a decir que "nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca" (Jn. 11:49-50). Esto lo dijo sin tener en cuenta si Jesús era culpable o inocente pues a él no le interesaba tanto hacer justicia en casos individuales. Lo que deseaba Caifás era lograr el mayor bien para la nación, según él lo entendía. Si había

que sacrificar algunas vidas por el camino para lograr el bien común, ¿qué se iba a hacer? Está demás decir que Jesús no tenía ningún interés en esta alternativa como plan de acción para el cumplimiento de su propósito.

Segundo, los fariseos, cuyo nombre significa los separatistas, se dedicaban a una observancia concienzuda de la ley. Fueron los principales responsables para el desarrollo de una compleja tradición oral basada en las Escrituras. Y buscaban aplicarla a todo el pueblo, no sólo a la casta sacerdotal. Aunque apoyaban la tradición nacionalista su preocupación rigurosa por la pureza moral basada en su estilo de vida segregada, en la práctica, sencillamente asentían al sistema imperante. Mientras les era posible conservar sus tradiciones religiosas no se declaraban ni a favor ni en contra del régimen.

Pero su separación resultaba ser más simbólica que real. Participaban en ciertos aspectos de la sociedad. Pero en otros casos se mantenían apartados de ella. Fijaban reglas de conducta mediante las cuales podían vivir en su "pureza" en medio de una situación caracterizada por la injusticia. Ellos odiaban la presencia militar romana que profanaba los lugares santos y restringía su libertad y no tocaban monedas que tuviesen la imagen del César, pero no por eso dejaban de beneficiarse todo lo posible con lo que con ese dinero se podía comprar,

o lo que con ese poderío se podía lograr. Jesús compartía algo de su orientación teológica. Pero condenaba su forma de eludir las responsabilidades y los problemas que surgen cuando uno trata de vivir para otros como auténtico pacificador. Jesús, con su forma de pensar y actuar, representaba una amenaza a la precaria neutralidad de los fariseos y ponía de manifiesto la distancia hipócrita que a veces separaba su hacer de su decir.

Tercero, la estrategia de los esenios era la del retiro social en el primer siglo. Estos se retiraron al desierto para escaparse del orden establecido. Allí formaron comunidades altamente disciplinadas de oración y trabajo. Allí pudieron guardar los mandamientos de Dios en su pureza y sin conflictos. Y en su aislamiento no dejaron de hacer algunos aportes positivos a la sociedad mediante sus estudios e investigaciones. Los rollos que ellos copiaron se cuentan entre los mejores manuscritos y comentarios del Antiguo Testamento. En su retiro eran "pacifistas". Pero aparentemente esperaban el comienzo de una guerra mesiánica con que el reino de Dios sería instaurado de nuevo. En ese conflicto apocalíptico ellos ("los hijos de luz") habrían de destruir a los "hijos de tinieblas". Si Jesús hubiera tomado esta alternativa con toda seguridad hubiera podido evitar la cruz. El camino de los esenios no era compatible con el espíritu de Jesús.

Cuarto, los zelotes empleaban una estrategia de violencia revolucionaria. Era un movimiento de liberación nacional que intentaba resistir la agresión extranjera por la fuerza de las armas por razones que ellos consideraban justificadas. Muchos judíos de la época simpatizaban con su causa. De hecho, entre el año 50 a.d.C. y el 125 d.d.C. hubo un levantamiento armado aproximadamente cada veinte años. Pero además de confiar en la fuerza de sus propias armas, ellos también esperaban una intervención milagrosa de Dios a favor de su pueblo en el momento oportuno.

Hubo una serie de semejanzas entre el movimiento zelote y el de Jesús. Jesús también anhelaba cambios, y cambios radicales. Se nota cierta semejanza en el lenguaje empleado en ambos movimientos: "Mesías", "reino de Dios", etc. El cántico de María, el Magnificat, contiene conceptos aparentemente afines a las aspiraciones de los zelotes (Lc. 1:51-54). Por lo menos uno de los doce, Simón, procedía del movimiento zelote. Y es muy posible que varios más de los discípulos de Jesús simpatizaran con el movimiento. Se sugiere que probablemente el gobierno romano haya considerado a Jesús como zelote y que, por eso, lo mandó crucificar. Sea como fuera, de las varias opciones presentes en Palestina del siglo i, la alternativa zelote probablemente fue la que mayor tentación le presentó. Por lo menos esto se deduce de los relatos de las tentaciones presentados en los Evangelios.

En resumen, estas cuatro alternativas todas tienen sus equivalentes modernas. La alternativa conservadora de colaborar con el sistema imperante es una realidad siempre. Y generalmente no faltan autoridades religiosas dispuestas a apoyarla, sin importar mucho lo justo o lo injusto del régimen. Los que abogan por una clara separación entre las esferas religiosas y las sociales también están entre nosotros. La iglesia se preocupa por la moralidad privada, sin embargo poco tiene que decir en cuanto a la inmoralidad pública. El retiro social ha sido también una alternativa atractiva, desde los Amish de la familia anabautista, hasta las comunas de los "hippies" de origen reciente. Y hemos sido testigos en estas tierras de expresiones modernas de los revolucionarios en las últimas décadas con las mismas justificaciones - nuestra causa es justa y "ellos" sólo entienden la fuerza.

Por su parte, Jesús rechazó todas estas alternativas. Colaboración con el sistema jamás le tentó. Incluso, sus exponentes fueron los que gestionaron su crucifixión. Aunque Jesús compartía la seriedad con que los fariseos tomaban su fe, sus pequeñeces legalistas e hipócritas y su espiritualidad limitada a lo personal le repelaban. Y a Jesús no le llamaba la atención la opción del retiro social. Al contrario, se sentía llamado a llevar su ministerio a Jerusalén, ciudad que "mata a los profetas". La alternativa zelote fue la que más le atrajo, pero aún así, resistió toda tentación a participar en

la violencia que hubiera implicado.

B) El Mesías Ha Llegado

Los Evangelios son muy claros. Jesús es el Mesías, el Ungido Rey esperado. En su genealogía, Mateo señala para sus lectores que Jesús es el largamente esperado "hijo de David", el Cristo (Mesías) que la llegado. En la voz del cielo que Jesús oyó en su bautismo recibió confirmación de su comisión mesiánica. "Tu eres mi hijo amado; en ti tengo complacencia" (Lc. 3:22). En lugar de ser una descripción metafísica de la relación de Jesús con el Padre, las dos frases de esta comisión destacan dos diferentes visiones veterotestamentarias del papel del Mesías. En el Salmo 2: 7-9 se vislumbra un Rey que regirá "con vara de hierro" en los intereses del reinado de Dios. En la visión profética se anticipa la venida del Siervo Sufriente de Yahveh que "traerá la justicia a las naciones" mediante su testimonio no violento (Is. 42:1-4). Surge naturalmente la pregunta, ¿Qué clase de Mesías será Jesús?

En efecto, los relatos de las tentaciones en Mateo y Lucas en toda probabilidad describen la lucha de Jesús para determinar la voluntad de Dios para su Mesías en el mundo.

Tras un ayuno de cuarenta días, la primera de las tentaciones es una invitación a convertir en panes las piedras del desierto. Un desierto lleno de panes probablemente no

sería la forma más adecuada para desayunarse. Más que una mera tentación a satisfacer su propia hambre, podría ser una tentación a proveer alimentos para sus seguidores. Sugiere el uso de recursos económicos para lograr el poder. Pero sencillamente dar de comer a las masas difícilmente le haría de Jesús la clase de rey que respondería a las necesidades más esenciales de su pueblo. Jesús la rechazó porque veía que las verdaderas necesidades humanas son más profundas. La vida concreta y global del ser humano no puede ser satisfecha sólo con el pan. En el Evangelio de Lucas se nos dice que el tentador le dejó "por un tiempo" (4:13). Los relatos de las tentaciones en los Evangelios son, sin duda, descripciones metafóricas de una lucha mucho más extensa, tanto en términos de tiempo como de forma. Efectivamente, más tarde en el desierto dio de comer a los cinco mil, y la multitud quiso proclamarle rey. Y tan solo escapándose al monte aparte, pudo evitarlo.

En la segunda tentación (la tercera en el Evangelio de Lucas) Jesús es invitado a saltar desde el pináculo del templo. Una visión profética contemplaba la venida súbita del Señor a su templo para la purificación de su pueblo (Mal. 3:1-4). Y una aparición repentina en el centro mismo de la vida y poder político-religiosa de los judíos podría ser señal segura de que había llegado el Mesías prometido. Una hazaña milagrosa de este tipo

seguramente hubiera hecho una impresión sobre la casta sacerdotal y los escribas. Pero Jesús la rechazó por no estar en armonía con la naturaleza de Dios. En cambio, Jesús optó por servir entre los pobres campesinos de Galilea y los marginados de Judea y Samaria sencillamente enseñando y sirviendo de una manera que hacía el reinado de Dios presente en su medio. De esta manera les dejaba libres para responder al amor de Dios, más bien que por las presiones de lo espectacular.

Posteriormente esta tentación también vuelve a presentarse en la vida de Jesús. La procesión triunfal en que Jesús fue aclamado como Libertador mesiánico culminó en el patio del templo. Las autoridades nada pudieron hacer para evitar que él, con una autoridad moral asombrosa, expulsara del predio santo a "los que vendían y compraban" allí. Ahora habría llegado un momento como el que el tentador había sugerido. Pero Jesús sabía que no respondía al camino mesiánico que el Padre había puesto delante de él. De modo que Jesús abandonó el templo y, dejando atrás las multitudes que le aclamaban, se retiró a Betania.

La tercera tentación es la más obviamente política. El tentador le asegura a Jesús que "los reinos de este mundo y la gloria de ellos" serían suyos si tan solamente se doblara de rodillas ante el tentador. En lugar de imaginar alguna clase de culto

satánico, estaría más de acuerdo con el contexto del pasaje observar que aquí Jesús reconoce en la tentación el carácter esencialmente idólatra del deseo de ejercer el poder económico, militar y político. Jesús la rechazó porque el ejercicio del poder secular que depende de la riqueza y la fuerza política y militar contradice totalmente la naturaleza del reinado de Dios y, por eso, también de la misión mesiánica de Jesús en el mundo.

Posteriormente esta misma tentación, la de establecer el reinado de Dios por medio del poder coercitivo, volvió a presentarse a Jesús. Cuando Pedro intentó persuadirle a abandonar el camino del Siervo Sufriente que él había escogido, Jesús reconoció en ello la vieja tentación satánica. Y Jesús la volvió a rechazar, incluso con la misma exclamación que había empleado en el desierto, "quístrate, Satanás" (Mt. 16:21-23).

C) La Alternativa que tomó Jesús

Luego del encuentro en el desierto en que Jesús rechazó las alternativas propuestas por el tentador, Mateo nos informa que Jesús se dedicó a tres acciones alternativas:

1) Se proclama un reino cuyos valores son diferentes.

"Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 4:17). Este anuncio de la llegada del reino era una noticia

que interesaba intensamente en el judaísmo del primer siglo. Se vivía en medio de grandes expectativas mesiánicas. Se esperaba que Dios interviniera para llevar a su cumplimiento las promesas hechas al pueblo en la antigüedad. Una comprensión de este contexto del reino mesiánico que se hace realidad en la venida de Jesucristo es fundamental para entender la ética mesiánica descrita en el Sermón del Monte en términos de la justicia del reino.

Tanto Jesús, como Juan Bautista, declaran que la participación en este reino mesiánico presupone un arrepentimiento radical. Lejos de ser meros remordimientos de conciencia, o sentir tristeza por nuestras faltas, o "hacer penitencia" a la manera tradicional popular, se trata de una reorientación radical hacia la vida. Es un volver a Dios y a su intención para la vida humana expresada ya en la alianza hecha con su pueblo y ahora a punto de ser renovada en la persona del Mesías que viene a establecer el reinado de Dios. Se trata de cambios fundamentales que afectan las mismas raíces de la vida social. En su Evangelio, Lucas ofrece algunos ejemplos concretos de lo que este arrepentimiento implica (3:10-14).

Para el pueblo en general significaba compartir vestimenta y alimentos de modo que nadie poseyera repetido lo que era indispensable y faltara a su prójimo. Para los cobradores de impuestos, que tenían fama de no ser

honrados, arrepentirse significaba no falsificar las cuentas y cobrar únicamente lo establecido, en otras palabras, ser honrados. Para los soldados, que en este caso probablemente habrían sido guardias que acompañaban a los cobradores de impuestos a fin de exigir los pagos, arrepentirse significaría no hacer violencia a nadie a fin de obligarles a entregar su dinero. De modo que el arrepentimiento no es tanto cuestión de "cilicio y ceniza", ni de "hacer penitencia", sino de volver a la práctica de la justicia según la intención de Dios para la convivencia humana expresada en la ley de la alianza y en las provisiones sabáticas y jubilares.

El sistema de valores que caracteriza la vida bajo el reinado de Dios es precisamente el que encontramos reflejado en el Sermón del Monte, al igual que en otros pasajes a través del Nuevo Testamento. Y de acuerdo con Jesús, el elemento que más claramente distingue el reino mesiánico de los demás reinos de este mundo es precisamente la no-violencia (Jn. 18:36). Decía Jesús a Pilato que en su reino no se practica la violencia. No dice Jesús que "su reino no está en el mundo" sino que "no es de este mundo" en este sentido particular.

2) Jesús asumió un papel mesiánico diferente.

A diferencia de las expectativas

mesiánicas nacionalistas que predominaban en Palestina en el siglo i, Jesús se presenta como Mesías, según la visión profética del Siervo Sufriente. En este sentido los Evangelios destacan el hecho de que Jesús "sanaba toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt. 4:23-24). Estas obras de sanidad no identifican a Jesús meramente como taumaturgo por excelencia, sino que anuncia la clase de Mesías que es. Ante la pregunta de Juan Bautista, si Jesús era en verdad el Mesías esperado, la respuesta de Jesús consiste en señalar su actividad. "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y los pobres reciben el anuncio del evangelio" (Mt. 11:5). Esta no es una respuesta velada, sino muy clara. Sí, es el Mesías. Desde su bautismo a manos de Juan, Jesús ha sido comisionado a ser esta clase de Mesías (Mt. 3:17).

De modo que las sanidades de Jesús son actividad mesiánica, pero no según las esperanzas políticas nacionalistas de una buena parte del pueblo judío, sino de acuerdo con la visión mesiánica reflejada en los cánticos del Siervo Sufriente de Yahveh (Is. 42, 49, 50, 53). Esta es la forma en que el Nuevo Testamento interpreta las sanidades obradas por Jesús. Repetidamente se emplea la frase: "para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias" (Mt. 8:17; cf. 12:15-21; Hch. 10:38).

Jesús de Nazaret, a diferencia de todos los otros "pretendientes mesiánicos" crucificados en Palestina en el primer siglo, comprendía que el reinado de Dios había de establecerse a través del sufrimiento sacrificial y vicario a favor de los enemigos de este reino, más bien que por medio de una imposición violenta. Por eso los métodos de Jesús contrastan radicalmente con todos los demás. Pero hay una segunda diferencia todavía más notable. Se trata de la vindicación divina de la alternativa mesiánica que Jesús tomó. Al tercer día resucitó de entre los muertos. El camino mesiánico que tomó Jesús representa en verdad la alternativa divina a la violencia de sus enemigos. A este Jesús, crucificado, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hch. 2:32,36). Dios proclama Señor al crucificado.

3) Se forma una nueva entidad social; una nueva clase de comunidad.

Los evangelistas relatan que Jesús comenzó a invitar a hombres (¡y a mujeres!) a dejar voluntariamente sus ocupaciones y a seguirle (Mt. 4:18-22). El número del grupo eventualmente llegará a ser doce, cifra que seguramente no es accidente circunstancial, pues estos hombres representan a las doce tribus del antiguo Israel que ahora constituyen una nueva comunidad mesiánica, al nuevo "Israel de Dios" (Gal. 6:16).

En esta nueva comunidad, ex-zelotes al igual que ex-colaboradores con el régimen imperial, hombres

dispuestos a defender sus propios intereses con violencia, hombres que no tenían paciencia ni misericordia para sus enemigos, hombres impacientes con los débiles de la sociedad (mujeres, niños, extranjeros, *et al.*), son incorporados en una nueva realidad social, de la comunidad del Mesías.

Pero lo que más distinguía a esta comunidad era un radicalmente nuevo concepto del poder. Poder en la comunidad mesiánica consiste en amor sacrificial. El Mesías, a quien ellos llegaron a conocer y confesar como Señor, les dio una definición nueva y revolucionaria del señorío: ser Señor es tomar condición de siervo (Mc. 10:42-45). Aparentemente les costó mucho reorientarse en relación con los términos de esta nueva definición, pero finalmente aprendieron esta nueva verdad. Y esta inversión radical de valores llegó a caracterizar a la comunidad cristiana primitiva. Pablo, por ejemplo, insistía en que el camino de la cruz que tomó el Mesías sufriendo es la verdadera definición de la grandeza, y lo que desde una perspectiva humana es debilidad y locura, desde la perspectiva divina es "poder y sabiduría" (1 Cor. 1:18-29). Pero debido a la alianza de la iglesia con el poder secular durante los últimos diecisiete siglos este concepto revolucionario sigue siendo totalmente incomprensible para las personas de la era moderna en el occidente, incluso para los cristianos.

Efesios 2 señala que la "nueva humanidad" de la era mesiánica está formada de personas muy diversas, incluso antagónicas, reconciliadas entre sí y con Dios por medio de la obra de Jesucristo. Lo novedoso y lo revolucionario de la obra de Jesús consiste en la creación de una nueva comunidad de paz en que ex-Zelotes y ex-Herodianos pueden participar en un movimiento en que la justicia de Dios, tan anhelada y tan buscada, se realiza; una comunidad en que las barreras que separan a los seres humanos son superadas por la obra reconciliadora de Jesucristo. Esta es la Nueva Humanidad creada por el Mesías y surge de la cruz.

D) Jesús y la Violencia: Un Reino que se Edifica Mediante una Cruz

Hallamos mucha evidencia en los Evangelios en que basar nuestra tesis de un Jesús no-violento y pacificador: el lenguaje de paz y buena voluntad en el relato de su nacimiento (Lc. 2:14); su enseñanza a amar a los enemigos (Mt. 5:38-48); su bendición para los pacificadores (Mt. 5:9); su enseñanza sobre el ejercicio de auténtica autoridad donde la condición de siervo suplanta la manera de enseñorear de los gobernantes (Mc. 10:42-44 y paralelos); su reprensión de Pedro con su espada en la huerta (Jn. 18:10); su aceptación no-violenta de su propia muerte injusta (Jn. 18:36). Estos son sólo algunos ejemplos de la postura pacificadora asumida por Jesús.

Posteriormente exponentes defendiendo las tradiciones de una cristiandad establecida, han señalado palabras y acciones de Jesús como evidencia para justificar el uso de la violencia para buenos fines: su lenguaje violento en sus referencia a la "espada" que ha traído (Mt. 10:34); su limpieza del templo (Lc. 19:45); los intercambios verbales en su conflicto con autoridades judías (Mt. 23 y Lc. 11:2ss.). Si bien es cierto que estos ejemplos tienden a contradecir esa visión de Jesús como tranquilo e imperturbable, esta es realmente una caricatura de Jesús. El Jesús de los Evangelios es misericordioso en extremo con los humanos y, sobre todo con los marginados, como no lo eran las autoridades religiosas del judaísmo. Pero era muy severo en su confrontación con las estructuras del mal que mantenían en servidumbre al pueblo que Dios había convocado a libertad bajo su reinado en el éxodo. Jesús jamás aconsejó la violencia física contra los seres humanos ni la utilizó para su propio bien, ni para el de los suyos.

En su carrera Jesús descubrió la respuesta a la pregunta, ¿cómo ser el Mesías de Dios en el mundo? Cuando lo crucificaron le pusieron este título sobre su cabeza. "Este es Jesús, el Rey de los Judíos" (Mt. 27:37). Ser rey en este mundo como Dios lo desea es ser crucificado. John H. Yoder escribe que "la cruz no fue un desvío, o un obstáculo en el camino al reino, ni tampoco es el camino al reino; es el reino" (*Politics of Jesus*, p. 61).

Esto tiene consecuencias para la estrategia social del movimiento mesiánico compuesto de los seguidores de Jesús. La historia de Jesús y su comunidad en los Evangelios es la historia del "camino de la cruz". La invitación a tomar la cruz y seguir en pos de Jesús es una de las notas más destacadas en sus páginas. La cruz, tal como Jesús la ha definido, es la forma que toma la vida de la iglesia. En el camino a Jerusalén (a la cruz) Jesús formó una comunidad intencional de seguidores que: en lugar de vengarse, perdona (Mt. 6:14-15; Lc. 17:3-4; 23:34); en lugar de recurrir a la violencia, asume el sufrimiento a favor de sus enemigos (Mt. 5:38-39); en lugar de la avaricia, comparte con generosidad (Lc. 12:33-34; 18:22); en lugar de ejercer el dominio, sirve a los demás (Lc. 22:24-27); en lugar de odiar a sus enemigos, los ama, los bendice, les hace bien y ora por ellos (Mt. 5:43-45; Lc. 6:27-31).

Estos son los signos seguros del reino de Dios. A los discípulos de Jesús les costó comprender y poner en práctica esta visión. Hasta la noche de la última cena estaban discutiendo entre sí cuestiones de superioridad social. Hasta el final, Jesús tuvo que recordarles por medio de sus palabras (Lc. 22:25-27) y su propio ejemplo, lavándoles los pies a sus discípulos (Jn. 13:1-20), que el modelo para la venida del reinado de Dios sería el del siervo sufriente. Y con todo, aparentemente no fue hasta después de Pentecostés, en el poder del Espíritu del Cristo resucitado, que

ellos finalmente iban a recordar y comprender sus palabras y su ejemplo y orientarían a la iglesia mediante el modelo que Jesús les había dado. En el poder de su Espíritu ellos seguirían proclamando el reinado de Dios, reino de justicia y de paz.

III. PAZ Y SALVACION Y LA OBRA REDENTORA DE CRISTO

Introducción:

El término "paz" (en sus principales formas) aparece unas cien veces en el Nuevo Testamento. A juzgar por el lugar prominente que ocupa en las Escrituras, debe ser un concepto de importancia fundamental para la comprensión del Evangelio. En su sermón en la casa de Cornelio, Pedro señala que el contenido del mensaje de Dios a los hijos de Israel es "el Evangelio de la Paz por medio de Jesucristo" (Hech. 10:36). Lo mismo dice Pablo en Romanos 5:1. Varias veces más Pablo escribe de "las buenas nuevas" o del "Evangelio de Paz" (Ef. 2:17; 6:17; Rom. 10:15). En Efesios 2, señala la creación de una nueva comunidad de paz como resultado fundamental de la obra redentora de Jesucristo.

Las Escrituras nos dicen que Dios es un Dios de paz; que Cristo es Señor de Paz. El profeta le llamaba al Mesías esperado el "Príncipe de paz"; el fruto del Espíritu de Dios es paz y "vivir en el Espíritu es ... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo". En resumen, Dios es Dios de paz; Jesucristo es Señor de paz; Su Espíritu es Espíritu de paz; Su Reino es reinado de paz; Su Evangelio es la buena nueva de la paz; Sus hijos son pacificadores.

La paz está en el corazón mismo de

la vida que vivimos y del mensaje que proclamamos los cristianos. Pero, ¿en qué sentido puede llamarse las buenas nuevas de la obra salvadora de Dios el "Evangelio de la Paz" como en efecto Pedro y Pablo lo hacen? En nuestra búsqueda para una respuesta bíblica empezaremos señalando dos visiones de paz en la tradición cristiana que han complicado nuestra comprensión del Evangelio como Evangelio de paz, y de la relación de la paz con la salvación experimentada en Cristo.

A) Otros Significados de Paz

Primero, cuando la vitalidad misionera de la iglesia primitiva palestina se llevó al mundo greco-romano con su proclamación del Evangelio de paz, encontraron que entre los griegos ya tenían su propio término para la paz, "eirene". Pero lo notable es que su significado era bastante distinto del "shalom" hebreo que ellos habían aprendido de Jesús y de los apóstoles. Paz, para los griegos, era un estado o una condición estática, más bien que el sentido dinámico de relaciones interpersonales vividas en el contexto de la comunidad del pacto que caracterizaba el "shalom". Podría significar un estado de descanso o la ausencia de conflicto. Para los estoicos principalmente significaba una condición mental y espiritual de armonía y orden interior. Se manifestaba en

actitudes y sentimientos pacíficos y tranquilos, de recogimiento interior.

A pesar de representar un énfasis bastante extraño al pensamiento hebreo y bíblico, pronto notamos algunos de estos conceptos con sus prácticas correspondientes haciendo entrada en la iglesia. Ascetas y ermitaños cristianos se retiran a solas del bullicio mundano buscando recogimiento y armonía espiritual interior. Algunos de estos conceptos (tranquilidad interior, etc.) que son más griegos y paganos que hebreos y cristianos han perdurado hasta nuestros tiempos en ciertas clases de espiritualidad.

Segundo, La Pax romana era renombrada en el mundo antiguo y consistía de la ausencia de conflictos armados, siendo asegurada por la presencia del poderío militar del Imperio Romano. En realidad el centurión a quien Pedro dirigía sus palabras en Hechos 10:36 era un "pacificador" según el modelo romano, oficial en el ejército de ocupación, encargado de la seguridad y el orden a fin de que las riquezas de las colonias pudieran llegar a Roma. Esta paz consistía en el mantenimiento de la "ley y el orden" en el Imperio. Poetas romanos se referían a la época como una "edad de oro". Pero entre las naciones subyugadas no era exactamente eso, pues la *pax* romana estaba construida sobre la represión de todos los enemigos del imperio. Eran oprimidos y exprimidos y sus recursos colocados al servicio de Roma. Fue a partir del emperador

Constantino cuando esta forma de imponer la paz, tan contraria al espíritu de Jesús y al significado de "shalom" comenzó a recibir la bendición de la iglesia. Eusebio se convirtió en su apologista.

Otro aporte romano al concepto de paz en la iglesia ha resultado de su tendencia a concebir la relación entre Dios y los hombres en términos forenses o jurídicos y legales, según la mentalidad romana. Con el paso de los siglos, sus conceptos de pecado y transgresión de la ley divina y de perdón en términos de castigo, satisfacción, y declaración de absolución forense, contribuyeron al sistema penitencial romano. Luego el sistema sacramental de la iglesia (contrición, confesión, satisfacción, absolución) estaba diseñado para lograr "paz con Dios" de parte del pecador penitente en quien se había creado una conciencia atribulada.

Luego en la Reforma Protestante, aunque Martín Lutero reaccionó contra el legalismo en el sistema penitencial de la Iglesia Romana, él también luchaba dentro de sí mismo para encontrar seguridad de perdón (era monje agustino). En esta situación encontró consuelo en el texto paulino "justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Rom. 5:1). Pero la "paz con Dios" ha tendido a comprenderse principalmente en términos de seguridad interior que el individuo

halla bajo el indulto de un Dios misericordioso. Este aspecto es importante pero no agota en ninguna manera el sentido bíblico de "paz".

El concepto bíblico global de "shalom", que es el que orienta el pensamiento de los escritores del Nuevo Testamento, no hace inválida la idea de paz personal que le da a uno confianza y seguridad interior de reconciliación con Dios. Pero sí subraya el hecho de que la paz bíblica es muchísimo más que esto. Tiene que ver con una nueva relación con Dios y también con nuestros semejantes en el contexto de la comunidad del Espíritu.

Por la gracia de Dios se abre la posibilidad de una comunidad de paz y justicia basada en el amor e inspirada por el Espíritu de Dios, en lugar de ser una mera agrupación de individuos guiados por intereses propios y preocupaciones egoístas y relaciones un tanto legalistas o jurídicas. Desgraciadamente, la dimensión comunitaria, social y espiritual de la "paz de Dios" se les escapa a muchos cristianos que conciben la "paz" en una forma casi netamente individualista e interiorizada. Debido a las distorsiones y deformaciones griegas y romanas ocurridas en la tradición de la iglesia, no nos damos cuenta de la naturaleza fundamentalmente social y comunitaria del Evangelio de la paz, e imaginamos que podemos tener paz con Dios aunque estemos en guerra con el semejante, porque lo uno es cuestión del alma y lo otro

es exterior. Pero desde la perspectiva bíblica este dualismo no es aceptable. El ser humano es lo que hace, y obra de acuerdo con lo que es.

B) La Visión Neotestamentaria de la Paz

La visión bíblica de la paz es amplia. Hemos notado ya que el "shalom" de Dios es el fundamento para comprender el significado de la "paz" en el Nuevo Testamento. En sus páginas nos encontramos con 1) el Dios de paz que hace paz con la humanidad a través de la obra redentora de Cristo abriendo el camino a 2) la paz con Dios, o reconciliación (Rom. 5; 2 Cor. 5; et al.); 3) la paz de Dios, o experiencia de dicha personal y bendición (Rom. 8; Fil. 4; et al.); 4) haciendo la paz, o reconciliación de enemigos (Col. 1; Ef. 2; et al.). El Dios de paz hace la paz para que los humanos reconciliados y transformados por este Dios pacificador ahora, como "hijos de Dios", sean pacificadores al estilo de Dios.

1) El Dios de la paz hace la paz. Por su propia naturaleza Dios es un Dios de paz. "El Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo" (Heb. 13:20) es el Dios de bendición en la experiencia de los cristianos. Esta es la forma en que Dios se da a conocer en el curso de la historia humana. El Dios de paz y salvación libera a través del éxodo, en la liberación de su pueblo del exilio y en un nuevo éxodo y liberación por medio de Jesucristo. Notamos ya que

esta visión de paz, basada en el carácter mismo de Dios, es mucho más amplia y rica en sus dimensiones que el concepto limitado de la paz de Dios que ha caracterizado la visión de muchos cristianos a través de la historia.

2) La actividad salvadora de Dios trae paz y reconciliación con Dios. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia" (Rom. 5:1,2a). La experiencia actual de la gracia y de la paz de Dios, si bien es cierto que es tan solo el anticipo de su cumplimiento final que hará completo nuestra visión de la paz con Dios, ya es una realidad en la comunidad del nuevo pacto, vislumbrada por los profetas (Jer. 31:33-34) y vivida en la nueva comunidad del Espíritu.

3) El Dios de la paz es El que nos otorga su paz. "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da ... el Padre mayor es que yo" (Jn. 14:27,28). Esta es "la paz de Dios que gobierna" nuestros corazones (Col. 3:15). De modo que la paz de Dios se refiere también a la experiencia subjetiva de la paz de la salvación que Dios otorga por su amor. Por eso, darle la paz de Dios al prójimo ha sido una de las formas predilectas de bendecir unos a otros en la familia de Dios. Esta dimensión espiritual de la paz es de importancia fundamental fortaleciéndonos para confrontar la violencia, en sus

muchas formas, en nuestra lucha contra ella. Contribuye a la creación de un ambiente de paz en que el temor ya no puede ejercer su influencia nociva. Personas atribuladas e inseguras son los que suelen echar mano a las armas para defenderse de sus enemigos, reales o imaginados. "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; ... De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor" (1 Jn. 4:18).

4) El Dios de paz nos invita a ser pacificadores reconciliando a enemigos de la misma manera en que Dios los reconcilia (Col. 1:19-23; Ef. 2:11-22). La manera en que Dios reconcilia a sus enemigos "haciendo la paz ... mediante la cruz" llega a ser el modelo para acciones reconciliadoras, tanto divinas como humanas. La buena noticia del evangelio es que "siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8). La cruz no fue tan solamente el instrumento mediante el cual fuimos reconciliados con Dios. Fue el medio para reconciliar enemigos humanos entre sí. Efesios 2:14-17 destaca el poder de la cruz para reconciliar a grupos alienados judíos y gentiles además de reconciliar a ambos con Dios. Y se nos da la impresión que lo último no se da sin lo primero. Así que "amar a los enemigos" es más que una exhortación de Pablo y los Evangelios. Es la forma en que Dios comunica evangelio, ofreciendo su salvación. El evangelio de salvación

no puede separarse de la invitación a amar a nuestros enemigos. Ambos son expresiones del carácter esencial de Dios. Es una herejía enseñar la obra redentora de Cristo sin invitar a amar a los enemigos. La salvación de Dios y el amor para el enemigo no pueden ser separados. Esta sí, es una gracia asombrosa. Jesucristo es nuestra paz. Hace la paz mediante la cruz. Y nos invita a ser pacificadores como él.

C) La Muerte y la Resurrección de Jesús

La trayectoria de Jesús de Nazaret, su vida y su muerte, fue realmente asombrosa. Anduvo sirviendo a los pobres, los enfermos, los oprimidos y los marginados de toda clase. Incluso mostró interés especial en aquellos que eran considerados indignos de la misericordia de Dios. Anunciaba la llegada del reinado de Dios e invitaba a la gente a reorientarse, a convertirse, y a comenzar a participar de los nuevos valores de la era que amaneció. Él dijo que era el Mesías esperado y que traía el reino por medio del amor (incluso para los enemigos de Dios) en lugar de depender del poder de la espada. Y lo que es aún más asombroso, él ofrecía el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios y con los semejantes a personas, que de acuerdo con las normas reconocidas, no lo merecían, cosa que escandalizaban a la gente religiosa de la época. Y su insistencia en que el patio del templo estuviera a disposición de los

paganos que quisieran acercarse al Dios de Israel, en lugar de emplearse como centro de comercio al servicio de la jerarquía religiosa que controlaba el culto en el templo, fue la gota que colmó el vaso de la furia de las autoridades establecidas. Y a los pocos días fue crucificado.

Así que Jesús murió en una cruz romana acusado de impiedad blasfema, herejía religiosa, radicalismo social y pretensiones políticas. Desde la perspectiva judía morir en una cruz era señal segura de no ser el Mesías. En su ley estaba escrito: "Maldito todo el que es colgado en un madero" (Dt. 21:23). De modo que en ese viernes oscuro las esperanzas de sus seguidores fueron reducidas a cero. Desde toda perspectiva humana la credibilidad del mensaje y las pretensiones mesiánicas de Jesús fueron destruidas.

Pero al tercer día resucitó de la muerte. Y de repente, a la luz de la resurrección, la cruz cobró otro sentido. Para los seguidores de Jesús la resurrección es la evidencia decisiva de que la nueva era anunciada por Jesús ha llegado. Pues reconocen en Jesús "las primicias" de la resurrección final (1 Cor. 15:20-23). Y muy pronto Pentecostés ofrece otra demostración más de que la nueva era ha llegado. La venida del Espíritu del Cristo viviente constituye "las primicias" y la "garantía" del cumplimiento final (Rom. 8:23; 2 Cor. 1:22; 5:5). Pentecostés nos dice que el poder de la nueva era ya está entre nosotros y que la manifestación

final y plena del reino de Dios está asegurada.

De modo que Jesús, el carpintero de Nazaret, era en verdad el Mesías. Jesús murió porque no vaciló en ser fiel a su Padre Dios, amando de manera absolutamente desinteresada tanto a sus discípulos como a sus enemigos hasta el punto de sufrir y morir en manos de los poderes constituidos. Y Dios le vindicó. Le resucitó al tercer día, dándole así la razón a su Mesías, Jesús. Su mensaje en relación con el reinado de Dios y sus pretensiones mesiánicas resultaron ser válidos. Incluso después de su resurrección los seguidores de Jesús no dudaron en referirse a él con títulos divinos. Ante Jesús resucitado Tomás exclama "Señor mío, y Dios mío" (Jn. 20:28). "Kúrios" (Señor) es el término con que se traduce "Yahveh" en el Antiguo Testamento y, en el ámbito secular, se refería al emperador romano. Sorprendentemente éste era el título que llegó a emplearse con mayor frecuencia para Jesús en el Nuevo Testamento. En verdad, Dios mismo "estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5:19).

Solamente cuando comprendemos quién era el crucificado comenzamos a captar el significado pleno de la cruz. Se trata del Verbo que "era con Dios y ... era Dios" (Jn. 1:1). Dios mismo se ha encarnado y "habió entre nosotros" (Jn. 1:14). Y en esta condición "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo ...

haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:7-8). Sólo desde esta perspectiva podemos captar en toda su profundidad la enseñanza de Jesús acerca del amor y la paz de Dios. La forma en que Dios actúa hacia sus enemigos es amarlos hasta el punto de dar su vida por ellos. Y la cruz de Cristo es la demostración más clara y elocuente de esta verdad.

Tras la muerte y resurrección de Jesús y la venida de su Espíritu con poder asombroso, los discípulos de Jesús se pusieron a reflexionar sobre el significado de estos acontecimientos. Y no tardaron en reconocer en la muerte y resurrección de Cristo el evento central en el drama cósmico de la obra salvadora de Dios. En este proceso ellos recordaron las propias palabras que Jesús había compartido con ellos con referencia al desenlace que se le acercaba. También volvieron a leer los textos mesiánicos del Antiguo Testamento a la luz de la inesperada muerte del Mesías. Y finalmente, su propia experiencia de convivencia con Jesús y el poder maravilloso de su Espíritu en medio de ellos contribuyeron a este proceso de reflexión a fin de entender y comunicar a otros el tremendo significado de la obra de Cristo de acuerdo con la intención salvífica de Dios. Y por medio de la inspiración de su Espíritu viviente pudieron comenzar a captar las dimensiones cósmicas y sociales, al igual que personales, de la muerte y la resurrección de Jesús.

Echaron mano a una amplia gama de conceptos y símbolos para poder entender y explicar a otros el significado de la muerte de Cristo.

1) Veían en la cruz de Cristo y en la tumba vacía la victoria contundente de Dios sobre todos los poderes del mal, por medio de la cual "nos ha librado de la potestad de las tinieblas" (Col. 1:3).

2) Veían en los sufrimientos de Jesús el cumplimiento de la visión profética del Siervo Sufriente de Yahveh que trae justicia y anuncia paz y salvación a costa de su propio sufrimiento y muerte vicaria (Is. 42:1-6; 52:7).

3) Comprendían que el Evangelio de salvación consiste fundamentalmente en el "testimonio de Jesucristo ... el testigo fiel ... que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre" (Apoc. 1:2,5). En Jesucristo se juntaban los dos sentidos de martirio: testimonio y fidelidad (en este testimonio) hasta la muerte misma.

4) Se dieron cuenta de que en Jesús se cumplen los sacrificios del Antiguo Testamento, pues él es tanto el sumo sacerdote como la víctima ofrecida por nosotros por medio de la cual los pecados del pueblo son expiados (Heb. 8:1-10:18). Por medio de su sacrificio Jesús se convierte en Mediador del Nuevo Pacto, pues su sangre intercede con una elocuencia única (Heb. 12:24).

5) Reconocieron que en Jesús el Dios misericordioso se había hecho presente entre su pueblo. De la misma forma en que "el propiciatorio" simbolizaba la presencia misericordiosa de Yahveh en Israel Antiguo (Ex. 25:17-22) ahora reconocían en Jesús "la propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 2:2). De modo que vieron en Jesús el propiciatorio de Dios por medio del cual los pecados de su pueblo son expiados, es decir, borrados o cubiertos por su muerte (1 Jn. 2:2; 4:11).

6) Al igual que el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento fue liberado de la esclavitud egipcia, el nuevo pueblo de Dios se sentía redimido de toda clase de esclavitud que los había sujetado a servidumbre. De modo que la libertad consiste en reconocer y servir a un nuevo Señor, a Jesucristo, el que murió y resucitó (Col. 1:13-14).

7) En la comunidad del Mesías encontraron que no sólo se hallaban reconciliados con Dios, sino que también habían sido quitadas por Jesús las barreras que los separaban de sus enemigos (2 Cor. 5:14-21). Tan real y concreta fue esta reconciliación entre ex-enemigos y tan clave había sido el protagonismo de Jesús, entregando su vida hasta la muerte misma en este esfuerzo reconciliador, que a Jesús se le llama "nuestra paz" (Ef. 2:13-16). De modo que la comunión con Dios y con los semejantes (aún los que se tienen por enemigos) había llegado a ser una posibilidad real (pues Cristo había quitado todas las barreras de

separación).

8) Por medio de Jesús entendieron que la "justicia" es la forma que toman las relaciones en el pueblo de Dios. También reconocieron que por medio de la fidelidad de Jesús hasta la muerte misma, ellos habían sido justificados hechos justos (Rom. 3:21-26).

9) Se dieron cuenta de que otro de los resultados de la muerte de Cristo era llegar a ser "adoptados" en la familia de Dios (Ef. 1:5-7) donde reina una familiaridad inaudita que les permitió a ellos, al igual que Jesús, llamarle a Dios, "Abba", (papá o papaito) (Gál. 4:5-6).

10) Finalmente, reflexionando sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús, se dieron cuenta de que Jesús es el modelo perfecto, o imagen, de la intención de Dios para toda la humanidad. Por eso se le llama a Jesús "el postrer Adán" (1 Cor. 15:45-49); "Pionero de la salvación" (Heb. 2:9-12; 12:2, Nueva Biblia Española); "Precursor" (Heb. 6:20); y "Primogénito" (Col. 1:15,18). Jesús en su vida y en su muerte es modelo para el vivir y morir de sus seguidores.

Probablemente más que ningún otro pasaje particular en el Nuevo Testamento, Efesios 2:11-22 recoge de una manera u otra estos conceptos con que los apóstoles entendieron el significado de la muerte de Cristo.

Todas estas imágenes encuentran un punto de convergencia en la creación

de una nueva humanidad cuya convivencia se caracteriza por la paz. De modo que la reflexión paulina sobre la muerte y resurrección de Cristo apunta fundamentalmente hacia la creación de una nueva comunidad de paz; paz con el prójimo (y aun con el enemigo) y paz con Dios.

"Ahora, en cambio, gracias al Mesías Jesús, vosotros los que antes estabais lejos estáis cerca, por la sangre del Mesías, porque él es nuestra paz; él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad. Por eso, su venida anunció la paz a los que estabais lejos y la paz a los que estaban cerca, pues gracias a él unos y otros, por un mismo Espíritu, tenemos acceso al Padre" (Ef. 2:13-18, Nueva Biblia Española).

D) La No Violencia de Dios: Fundamento de Nuestra No Violencia

La muerte de Cristo es una demostración clara del amor no violento de Dios hacia sus enemigos. "Dios muestra su amor para con nosotros, que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros ... Siendo enemigos, fuimos

reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rom. 5:8,10). La alternativa cristiana a la violencia no está basada en alguna forma de humanismo, ni en los intereses de la eficacia social, ni siquiera en la idea de que la vida es sagrada, aunque puede haber algo de verdad en todas estas motivaciones. La no violencia de los cristianos tiene su fundamento en la cruz de Cristo. Y finalmente está basada en la naturaleza misma de Dios. Amar a los enemigos es la única forma de realmente ser "hijos de Dios" (Mt. 5:9,44-45). Esto era cierto para Jesús y lo es también para sus seguidores. En lugar de buscar la destrucción de sus enemigos, Dios sigue derramando sobre ellos bendiciones, y los auténticos hijos de Dios harán lo mismo. Esto implica, claro está, que los que no aman a sus enemigos no son realmente hijos de Dios en el sentido en que Jesús lo entendía. De modo que los hijos de Dios hemos de reflejar el carácter de Dios aunque nos signifique una cruz.

Jesús enseñaba que Dios ama y perdona a los pecadores aun cuando éstos merecen ser tenidos por enemigos, porque en realidad lo son. El concepto que tuvo Jesús de su propia muerte como Mesías nos dice aún más en relación con la forma en que Dios trata a sus enemigos. "El Hijo del Hombre ... vino para dar su vida en rescate por muchos" (Mc. 10:42). El camino a la reconciliación incluye la disposición a sufrir a favor de los enemigos. Este es el

camino que tomó Dios en la persona de Jesús. La cruz es la máxima demostración del amor sufriente con que Dios responde a sus enemigos. La cruz vicaria de Jesús da fundamento y credibilidad a sus propias enseñanzas con las que invita a sus seguidores a amar incluso a sus enemigos.

La cruz no se trata del sacrificio de una mera víctima humana para poder aplacar la ira de un Dios hostil y lejano. Si fuera así constituiría una contradicción de las doctrinas de la Encarnación (que Dios mismo se ha hecho hombre) y de la Trinidad (que Dios es Uno en tres personas). Es Dios mismo quien sufre. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5:19). En la cruz de Cristo, Dios mismo sufrió a favor de sus enemigos. Aunque no seamos capaces de comprender este misterio totalmente, nos dice por lo menos dos cosas: 1) que el Dios justo y misericordioso recibe a los pecadores en amor y con oferta de perdón y reconciliación y 2) que Dios quiere que nosotros tratemos a nuestros enemigos de la misma manera misericordiosa y sacrificial.

¿Pero cómo podemos reconciliar la ira de Dios con este amor sacrificial que le caracteriza? El contexto en que la Biblia concibe la "ira de Dios" es su pacto de gracia y amor. Y aunque la ira de Dios en sus dimensiones escatológicas e históricas sigue siendo un misterio para nosotros, puede entenderse como un celo divino por las relaciones de alianza con su pueblo y su dolor cuando esta alianza es

violada. La desobediencia de su pueblo despierta los celos de Dios precisamente porque nos ama tanto. En sus manifestaciones históricas, la ira de Dios generalmente consiste en permitir que las consecuencias directas e indirectas del pecado humano caigan sobre nuestra propia cabeza (Rom. 1:18-32). El Nuevo Testamento relaciona la liberación de la ira divina, tanto en su forma histórica, como de la ira venidera, a la obra de Jesucristo.

De todos modos, queda totalmente claro en el Nuevo Testamento que siempre hemos de imitarle a Dios en su amor sacrificial y nunca en su ira. "No os venguéis vosotros mismos ... dejad lugar a la ira de Dios ... Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Rom. 12:19). Pero lo paradójico y lo trágico es que muchos cristianos han venido interpretando la Biblia al revés en esta cuestión, imitando a Dios en manifestaciones de su ira y juicio sobre sus semejantes, y rehusando imitarle en su cruz no violenta de amor y sacrificio vicario.

En la vida de la Iglesia ha sido realmente trágico que muchos cristianos que han confiado en la cruz vicaria de Cristo para el perdón de sus propios pecados no hayan percibido sus implicaciones para su propia actitud hacia sus enemigos, y por lo tanto, para los problemas de la violencia (la pena capital y la guerra) han tomado sus modelos de otras fuentes: de "los reyes de las naciones" que llevan "la espada" (Lc. 22:25; Rom. 13:4). Y también es trágico que

muchos cristianos que enfatizan el pacifismo y la no violencia, no los fundamenten en el centro mismo del Evangelio, en la cruz vicaria de Jesucristo, sino en bases secundarias, humanitarias y estratégicas, restándoles importancia y auténtico radicalismo a su postura no violenta. Hemos de ser no violentos porque lo es Dios mismo, y nos lo ha revelado con toda claridad en la cruz de Cristo.

IV. LA PAZ Y LA MISION DE LA IGLESIA

Introducción:

El que la misión evangelizadora de la iglesia tenga que ver con la paz es una idea que no se le ocurre a muchos cristianos en nuestros tiempos. En último caso tendría que ver con una paz espiritual interior y de relaciones personales reconciliadas con Dios, pero nada tiene que ver con relaciones entre grupos humanos y menos todavía con aquellos que tenemos por enemigos.

Sin embargo, no siempre ha sido así. Todos los textos en el Nuevo Testamento que hablan específicamente del "evangelio de paz" son textos que se refieren directa o indirectamente a la misión evangelizadora de la iglesia. La iglesia primitiva se concebía fundamentalmente como una iglesia de paz. Justino Mártir, maestro en la iglesia en Roma hacia la mitad del segundo siglo, articuló esta visión compartida por la iglesia de la época. El insistía que la visión profética de Isaías 2:1-4 y Miqueas 4:1-4 que describía al pueblo restaurado de Dios como una ciudad construida en una montaña alta a la vista de todas las demás naciones y que vislumbraba la transformación de espadas en arados y lanzas en hoces se había cumplido en la iglesia. De acuerdo con Justino, los cristianos se habían acercado a Jesús para aprender a vivir como él.

"Nosotros, los que estábamos antes llenos de guerra y de muertes mutuas y de toda maldad, hemos renunciado en toda la tierra a los instrumentos guerreros y hemos cambiado las espadas en arados y las lanzas en útiles de cultivo de la tierra y cultivamos la piedad, la justicia, la caridad, la fe, la esperanza, que nos viene de Dios Padre por su Hijo crucificado" (Diálogo con Trifón, 110:3).

Efectivamente, mediante la obra de un Salvador crucificado las naciones se sentían atraídas hacia Jesús, el nuevo Zión, de donde surgía una nueva visión de convivencia. Ex enemigos fueron reconciliados para convivir en paz. Pueblos beligerantes de diversas naciones y tribus fueron transformados en un nuevo pueblo de paz. Los que antes se odiaban a muerte, ahora se amaban mutuamente. Las estructuras que los dividían fueron desmanteladas y se dedicaban a cultivar la justicia y la paz en la nueva familia de Dios. La mera existencia de esta nueva comunidad transnacional era prueba, para Justino, que la visión profética se había cumplido. En esto Justino no era único. Ireneo, Tertuliano, Orígenes y otros entre los líderes de la iglesia primitiva pensaban y escribían lo mismo. En realidad, estos textos proféticos de la paz mesiánica fueron los textos más citados por los padres de la iglesia durante los primeros tres siglos.

A) Los Comienzos de una Iglesia Misional de Paz en Los Hechos de los Apóstoles

En las páginas del Libro de los Hechos encontramos una comunidad que surge de la actividad pacificadora de Dios. Pentecostés es la historia de la creación de una comunidad de paz, formada de agrupaciones de distintas culturas y lenguas, en este caso de Helenistas y de Hebreos (6:1-6). Ellos experimentaron conflictos que tuvieron que resolver en el poder del Espíritu del Cristo resucitado en su medio. Pero un problema mayor sería la realización del cumplimiento de la promesa Abrahámica de ser un pueblo de bendición para todas las naciones (Gen. 12:3), a fin de que tanto Judíos como Gentiles pudieran ser reconciliados y unidos por "el vínculo de la paz" (Ef. 4:3).

El historia de Pedro y Cornelio (10) es clave para comprender el carácter y la misión de la iglesia como comunidad de paz. Se ha señalado que Hechos 10 es el relato del Pentecostés de los Gentiles, en contraste con el Pentecostés de los Judíos en Hechos 2. Sea como fuera, el relato es fundamental para saber cómo se lleva a cabo la misión de Dios en el mundo y cómo se constituye una iglesia de paz. Este relato se trata de mucho más que una cuestión de alimentos limpios e inmundos. Probablemente se piensa en estos términos debido a la visión que Dios le dio a Pedro para prepararle para el encuentro. Sin embargo, los alcances de este encuentro son mucho mayores que

meras cuestiones de lo que se come cuando Judíos y Romanos comparten la mesa.

A esta distancia del texto nos resulta difícil imaginar lo absolutamente escandaloso que le habrá sido para Pedro este encuentro. A Pedro, un judío procedente de Galilea, se le llama a Cesarea. Entre todas las ciudades de Palestina, ésta sería la menos indicada para Pedro. Allí estaban los cuarteles generales de las fuerzas de ocupación militar del Imperio Romano en Palestina. La ciudad estaba llena de ídolos, soldados, violencia, y otros vicios. Aquí se hallaba la mayor concentración de las fuerzas enemigas y opresoras de los judíos.

El Pedro de la historia era mucho más que un pescador atrevido y sin inhibiciones e iletrado. Si no era él mismo un militante del movimiento de liberación nacional de la época, por lo menos simpatizaba con sus fines. Tan solamente unos meses antes Pedro se había escondido lleno de terror mientras unos legionarios romanos, bajo el comando de un centurión, crucificaban a Jesús. En un instante sus esperanzas, al igual que las de sus compañeros en el bando de los seguidores de Jesús, cayeron estrepitosamente al suelo. La presencia militar romana en Palestina era, a la vez, temida y odiada por Pedro y por la mayoría de sus contemporáneos. Y ahora, el Espíritu de su Señor crucificado y resucitado le llamaba a compartir con un centurión romano y aún comer con él.

En este encuentro Pedro entendió en una forma, que hasta ahora se le había escapado, que el Dios que ama a sus enemigos "no hace acepción de personas" (10:34). Los eventos que condujeron a este "Pentecostés de los Gentiles" en Hechos 10 ocurrieron gracias al proceso de conversión que seguía dándose en Pedro por la influencia poderosa del Espíritu de Cristo. Vemos en este proceso como el evangelizador es el evangelizado, además de su ex enemigo, ahora convertido en amigo y hermano en la familia de Dios. Esta nueva apertura en Pedro hacia los marginados es realmente una imitación de Jesús en su predilección por los pobres, los pecadores, los marginados y los de mala fama y, sobre todo, en su amor hacia sus enemigos y perseguidores. En esto Pedro estaba sencillamente imitándole a Dios que "no hace acepción de personas" al prodigar su amor sobre buenos y malos. Y en este proceso Pedro descubrió como el amar al enemigo libera en todos la gracia transformadora de Dios en el evangelista al igual que en el evangelizado, en nosotros al igual que en nuestros enemigos.

El mensaje de Pedro en la casa de Cornelio consistía de palabras propias de una Iglesia de paz. "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia. Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es

Señor de todos" (10:34-36). Y esto lo dijo a un encargado de conservar la *pax romana*, y cuya comisión dependía de su juramento de lealtad absoluta y reconocimiento que Cesar era el Señor. La historia de Cornelio nos dice que la estrategia misionera del pueblo de Dios es atraer a nuestros enemigos al reino de Dios mediante nuestro amor sin límites para con ellos.

Tan solamente podemos imaginar cuáles habrán sido los pensamientos que cruzaron por la mente de Pedro. Seguramente habrá recordado las experiencias de Jesús y como él hablaba del gran diseño restaurador de Dios a fin de atraer las naciones a su reino de salvación. Habrá recordado la forma en que Jesús se asociaba con pecadores y marginados, niños y mujeres, y aún los soldados romanos y la manera en que atraía a toda clase de personas a su grupo. Por cierto, al hacerlo, Jesús había ganado la enemistad de las autoridades judías. Lo veían como una amenaza y resultó como Jesús mismo dijo, "no he venido a traer paz, sino espada" (Mt. 10:34). El sacudía los fundamentos mismos de la falsa seguridad religiosa de los judíos y por ello lo crucificaron.

Aunque Jesús fue tentado a tomar otras opciones mesiánicas para solucionar la crisis espiritual y social en Palestina, a través de todo su ministerio él ofreció una alternativa salvífica mucho más radical que sus oyentes se imaginaron. Podemos apreciar el radicalismo de esta

alternativa retrospectivamente mucho más fácilmente que sus contemporáneos. Se trataba de la creación de una nueva comunidad humana inclusiva en que tanto romanos como judíos podrían hallar auténtico bienestar en la familia de Dios caracterizada por el perdón y la reconciliación. Tanto Mateo como Lucas nos informan que Jesús dedicó esfuerzos extraordinarios en sus enseñanzas sobre cómo relacionarse con los enemigos. En el Evangelio de Mateo esta enseñanza forma la culminación de la radicalización que Jesús hizo de la ley de Moisés (5:43-48). En el Evangelio de Lucas es el punto de partida para sus enseñanzas éticas (6:27-36). Pero en ambos la enseñanza es exactamente la misma: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. ... Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lc. 27,28,36).

En la pequeña comunidad de seguidores que comenzó a formarse en torno a Jesús ya empezamos a vislumbrar la dirección que tomaría su ministerio. Entre los discípulos, estaban algunos que participaban activamente en el movimiento de liberación nacional. Los zelotes buscaban librar a Palestina del yugo opresor de los Romanos que ocupaban su tierra y regían con mano de hierro. Por lo menos uno de los discípulos, Simón, era zelote. Entre los demás, hay evidencia que nos hace pensar que por lo menos algunos

simpatizaban con los anhelos liberacionistas de los zelotes. Por otra parte, también entre los seguidores de Jesús había por lo menos uno que era funcionario del régimen romano. Mateo el publicano había contratado con el gobierno del Imperio la cobranza de los impuestos y, por lo tanto, sería considerado como colaborador de los romanos. Y la participación de mujeres en el grupo allegado a Jesús también sería considerado un reto abierto a las costumbres sociales en el judaísmo palestinese de la época. El que mujeres y hombres, galileos y judíos de pura sepa, colaboradores con el régimen opresor y declarados enemigos de Roma pudieran convivir en íntima comunión, unos con otros, es un testimonio más de la clase de visión que le movía a Jesús en su misión por la paz.

En sus relaciones interpersonales, Jesús puso en práctica esta visión. Jesús recibió al centurión romano que se le acercó, rogando por la salud de su criado. "Jesús se maravilló de la fe del centurión, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe." Luego compartió sus sueños para el reinado de Dios: "Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos." Y por otra parte también lamentaba la desgracia que él veía venir, pues muchos de su propia gente no estarían dispuestos a tomar el camino radical de la gracia sin límites, del perdón y de la

reconciliación que conduciría a la participación en una nueva clase de humanidad, inclusiva y universal. "Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mt. 8:5-13).

Obviamente el camino que Jesús proponía daba lugar a mucha controversia. Muchos no fueron capaces de comprenderlo. Otros que sí lo comprendían, lo hallaban demasiado radical y pensaban que habría de desestabilizar las estructuras establecidas. El concilio judío y luego el sumo sacerdote, Caifás, expresaron las preocupaciones de las autoridades. "Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación ... nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca" (Jn. 11:48,50). Pero por su parte, Jesús lloraba por Jerusalén al ver que las autoridades habían optado por una política tradicional que depende de la imposición a la fuerza para hacer la paz y el orden. "¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiaron, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación" (Lc. 19:41-44). Efectivamente, durante la guerra

judía, unos cuarenta años después, esto es exactamente lo que ocurrió. Los legionarios romanos trajeron sus máquinas de guerra y destruyeron la ciudad y el templo con gran pérdida de vida.

Pero mientras tanto, Pedro declara en Cesarea, en el centro mismo de las fuerzas romanas de ocupación en Palestina, que Jesús el Mesías, en su muerte en una cruz romana, ha perdonado a sus enemigos y ha hecho la paz. Y no solo esto, al resucitarlo al tercer día, Dios le ha hecho "Señor de todos" (Hech. 10:36). De modo que Dios ha vindicado la misión pacificadora de Jesús. Y mientras Pedro seguía hablando, "el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían" (10:44). Debido a la obra reconciliadora de Cristo y la acción unificadora de su Espíritu Santo, la paz llegó a ser una posibilidad real uniendo grupos alienados romanos y judíos.

En su visita a Cesarea, Pedro participaba en la realización de la visión pacificadora de Jesús que le había costado la vida. Mientras que las naciones que Pedro y Cornelio representaban seguían rumbo a la guerra violenta, en la nueva familia de Dios son hechos hermanos. Se forma el núcleo de una nueva humanidad transnacional y transcultural de paz en que todas las barreras que separan a las personas son superadas. La familia de Dios será multicultural, multiétnica, compuesta de todas las clases sociales y de todas las naciones de gente reconciliada que "le teme a

Dios y hace justicia" (10:35). La iglesia es una pueblo de paz, una comunidad en que enemigos son reconciliados, en que los no perdonados son perdonados. Es la comunidad de paz con una misión común compartir entre todos los pueblos el Evangelio de la paz.

Años más tarde, Pablo escribía a los cristianos en Efeso, en Asia Menor, que "en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades... para crear en si mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu Santo" (Ef. 2:13-17). A la luz de lo que ocurrió en Cesarea durante la visita de Pedro vemos que la reflexión de Pablo es más que una teoría teológica. Es una descripción teológica de lo que realmente ocurrió, y lo que ocurre aun, dondequiera que la iglesia siga proclamando el Evangelio de la paz en el cumplimiento de su misión en el mundo.

A veces los que justifican el uso de la fuerza violenta en la iglesia señalan la conversión de Cornelio como un

argumento a favor de su alternativa, señalando que nada sabemos de la actividad de Cornelio luego de su encuentro con Pedro y del advenimiento del Espíritu Santo sobre todos los reunidos en su casa. Pero sí, sabemos lo que le pasó a Pedro, luego de participar en este trascendental evento. Este es un caso notable de la evangelización del evangelista. Pedro jamás sería el mismo. El evento causó olas en la iglesia en Jerusalén y sus hermanos le llamaron la atención. Pedro tuvo que defender su participación en los eventos en la casa de Cornelio ante algunos de los elementos más tradicionalistas en la comunidad en Jerusalén. Posteriormente, sabemos que Pedro se encontraba en Roma donde participó en la formación de una iglesia multiétnica y donde aparentemente, debido a su fidelidad en dar testimonio a este evangelio de paz, murió como mártir, crucificado cabeza hacia abajo. Y otra cosa que queda claro es que esta visión del evangelio de paz fue luego compartida y articulada por todos los escritores neotestamentarios. Desde la cartas paulinas hasta el Apocalipsis de Juan, elaboraron una teología y una práctica de este camino mesiánico de paz, enseñado y ejemplificado por Jesús y en armonía con la histórica experiencia de Pedro en la casa de Cornelio, el centurión romano.

B) La Evangelización en una Iglesia de Paz

Jesucristo es él que ama a sus

enemigos y manda a sus discípulos que hagan lo mismo. Los Evangelios presentan a Jesús como un nuevo Moisés con un nuevo mandamiento para su pueblo - amar a sus enemigos (Lc. 6). Desde principio a fin, este mandamiento formó el núcleo de sus enseñanzas. Constituye el corazón de su llamada a la conversión. Este es el punto decisivo en la transformación del corazón humano. La cruz de Jesús fue el resultado de su resistencia ante los poderes de la muerte y su no resistencia hacia sus enemigos, esclavizados por estos poderes, que abre la posibilidad de su salvación. Rompió el ciclo la violencia ofreciéndoles el perdón. Estas son las buenas nuevas de la cruz. Este es el Evangelio de la paz. La cruz que nosotros somos llamados a llevar no se difiere esencialmente de la de él. La nuestra también significa amor sufriente a favor de nuestros enemigos.

El Espíritu Santo es el aliento vivificante de Dios que hace justicia a todos los oprimidos. La tarea de Jesús es expresada en palabras de la visión profética, "Pondré mi Espíritu sobre él, para que anuncie mi justicia a las naciones" (Mt. 12:18, traducción libre). No se le otorga el Espíritu Santo a la iglesia ni a los individuos meramente para que se sientan bien, sino como en el caso de Jesús, para obrar justicia.

El arrepentimiento y la conversión implican captar una nueva visión radical del reino de Dios. En su

llamada al arrepentimiento Jesús confrontó la teología materialista, nacionalista, y militarista de su tiempo. Su visión, reflejada en el Sermón del Monte presenta un desafío directo en las sociedades occidentales de nuestros días. Por eso, algunos evangelistas de nuestro tiempo predicán, a la vez, la paz del alma y prometen prosperidad en el sistema. La evangelización de una iglesia de paz pondrá su énfasis donde Jesús la colocó: no escapándose al cielo como una alma salvada, sino en hacer la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo. La oración de Jesús es "que su reino venga" en lugar de irnos nosotros a algún otro lugar. Esto requiere conversión radical y costosa, un nacer de nuevo en un sentido realmente significativo y profundo.

El Evangelio de la paz nos invita a participar de una comunidad de pecadores perdonados (la iglesia) donde nos amamos a nuestros enemigos. La salvación no es la oferta de vacaciones en el cielo. Se nos comisiona, mas bien, a una tarea aquí en la tierra. Nuestra tarea fundamental es amar, a todos, y especialmente a nuestros enemigos. Ananías, sorprendentemente saludó al enemigo más temido por la comunidad cristiana en Damasco, "Hermano Saúl". El mensaje evangelizador de una iglesia de paz comunica, mediante sus dichos y sus hechos, que es una comunidad que ama a sus enemigos.

El crecimiento de la iglesia durante los primeros siglos fue asombroso.

Para el año 200 la iglesia primitiva se había extendido a través de todo el Imperio Romano y aún más allá de sus fronteras. Sin embargo no hubo organización formal de misión. No conocemos el nombre de más de uno o dos misioneros entre Pablo y el tiempo de Constantino. Investigaciones sobre la vida y misión de la iglesia primitiva revelan que entre los primeros cristianos no hubo prácticamente ninguna exhortación a la evangelización. Incluso, existen muy pocas oraciones para la conversión de los paganos. De once oraciones descubiertas, ocho son en realidad oraciones a favor de sus enemigos y sus perseguidores, en obediencia a la enseñanza y ejemplo de Jesús. La iglesia durante los primeros siglos era una iglesia de paz que evangelizaba compartiendo el Evangelio de la paz al estilo de la comunidad descrita en las páginas del Nuevo Testamento.

C) Por qué Rechazar esta Visión de Paz Tiene Sentido para Algunos

A pesar de lo que hemos expuesto ya, en muchas iglesias aparentemente saludables esta visión halla poco eco. En algunas se soporta. En otras hay oposición abierta. ¿Por qué?

1) Tomar tan en serio la paz es diluir el Evangelio y resta importancia a la evangelización.

2) Hablar de la paz en este sentido es meter la política en la iglesia y eso trae conflictos. Y hay que evitar los conflictos.

3) Esta forma de entender la paz suena a "pacifismo" y esa es una filosofía humanista. Y ha habido "pacifistas" que ni siquiera eran cristianos, y si lo eran, no eran cristianos evangélicos.

4) Tomar esta postura de paz es menospreciar el sacrificio de los que murieron defendiendo la patria. Hablar así de la paz es enjuiciar la guerra y los cristianos a lo largo de los siglos que han sido militares.

5) La paz es aburrida. La no resistencia implica retirarse ante los problemas. No es una postura socialmente responsable.

6) Sí, Jesús y los discípulos tomaron la opción de paz, pero esos eran otros tiempos. Ahora las cosas son diferentes. La paz y el camino no violento no resultan ahora.

7) Tomar tan en serio esta visión de paz no es realista. No es eficaz. En nuestro mundo se precisa la fuerza violenta para lograr cambios. Hablar de paz en el mundo y aún en la iglesia no es realista. Reconozcámoslo.

Hay que reconocer que en algunas de estas objeciones hay cierta validez. No estaremos de acuerdo con ellos pero somos llamados a ser testigos del evangelio de paz mas bien, que defensores de nuestra postura particular. En toda probabilidad, la séptima objeción es la más decisiva. Walter Wink ha dicho que "el mito de la violencia

redentora" es la que más apela a nuestro "sentido común" en la cristiandad occidental.

Esta postura es la que Agustín articuló en los siglos iv-v. Agustín fue líder de la iglesia en el norte de Africa luego de comenzar el proceso de la constantinianización de la iglesia en que el estado primero tolera, y luego favorece a la iglesia y la iglesia, a su vez, ofrece cierto apoyo al estado. Cuando Cesar llega a ser cristiano la óptica con que se acerca a la interpretación de las Escrituras se cambia. Por ejemplo, el texto describiendo la persecución de los cristianos en Tesalónica tendría poco sentido: "Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; ... y todos estos contravienen los decretos de Cesar, diciendo que hay otro rey, Jesús" (17:6,7). Cuando se presupone que el "ahora cristiano" Constantino es el modelo de lo que debe ser un rey, en contraste con la iglesia primitiva donde se decía que Jesús es modelo de lo que debe ser un rey, la interpretación bíblica tiene que adaptarse notablemente. Esta, lamentablemente, fue la tarea asumida por Agustín.

Los textos citados por Justino en Roma unos 300 años antes para explicar, en su diálogo con el Judío Trifón, precisamente qué había cambiado en el mundo con la venida del Mesías, fueron la visión profética del reino de paz en Isaías 2:1-4 y Miqueas 4:1-4. Estos no sólo eran los textos favoritos de

Justino Mártir. Fueron los textos más citados del Antiguo Testamento por los Padres de la Iglesia que escribieron antes del año 300. Sin embargo, Agustín no los cita ni una sola vez. Cuando Agustín citó el Salmo 46:9, "que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra", añadió la observación que "este texto no se ha cumplido todavía. Sigue habiendo guerras. Pueblos siguen peleando unos contra otros para lograr el dominio. Hay guerras entre grupos, guerras entre los judíos, los paganos, los cristianos, los herejes. ... Tal vez en el futuro este texto se cumplirá. .. En algunas personas ya se ha cumplido. En el "trigo" se ha cumplido. En la "cizaña" no se ha cumplido aún". (Citado en Alan Kreider, "Peace Church, Mission Church: Friends or Foes?" in MISSION INSIGHT, Mennonite Board of Missions, 1999, pp. 11-12.)

Desde el tiempo de Agustín hasta hoy, cristianos en la cristiandad occidental han creído que la paz es sólo posible dentro de nuestro corazón y más allá de la muerte. Pero la paz en la tierra entre grupos humanos y aún dentro de las iglesias es imposible. Los cristianos, aunque sea con pena y reservas, tienen que tomar el camino de la violencia para defender la causa de la justicia. Por eso, la mayoría de los cristianos en el occidente han dejado de hablar del Evangelio de la paz. Durante los primeros tres siglos la mayoría de los cristianos evangelizaban con el Evangelio de la paz y formaban iglesias de paz. Ya que la paz dejaba de ser parte de su

experiencia, Agustín y Ambrosio comenzaron la tradición de "la guerra justa" a fin de poder limitar la violencia que no podían evitar.

Dondequiera que hayan surgido movimientos de reforma radical a lo largo de los siglos se ha vuelto a recuperar esta visión neotestamentaria del Evangelio de la paz. Los Valdenses, los Franciscanos, los Cuaqueros, los Anabautistas, el movimiento de los Hermanos, y otros muchos más han reconocido que la paz es elemento central para su identidad misma. Menno Simons, por ejemplo, en 1537 veía la paz como signo de la verdadera iglesia de Jesucristo. "Ellos son los hijos de la paz que han vuelto sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces, y no aprenden más la guerra. Dan a Cesar las cosas que son de él y a Dios las cosas que son de él. Su espada es la espada del Espíritu ... su reino es el reino de gracia ... su ciudadanía está en el cielo". (Complete Works, p. 94).

Hoy por una variedad de razones, cristianos de otras tradiciones están descubriendo de nuevo este Evangelio de la paz. La proclamación del Evangelio de la paz con la integridad que esto requiere también ofrece esperanza para la renovación de la iglesia entregada a esta misión. Como Pedro, nosotros también nos damos cuenta que el evangelizador es el que sale evangelizado. Fidelidad en la misión como iglesias de paz bien podría ser la dinámica que transforma nuestro culto, trabajo diario, actitudes

hacia los bienes, esas relaciones no reconciliadas, nuestras violencias no reconocidas, y dará autenticidad a nuestro testimonio. La bendición de Dios descansa sobre su iglesia de paz. "Bienaventurados son los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

V. DIOS Y CESAR: PAZ Y MILITARISMO

Introducción:

"Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellos se hacen llamar bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc. 22:24-27, Bib. de Jer.; cf. Mt. 20:25-28; Mc. 10:42-45; Jn. 13:12-17; 18:36).

En estos pasajes, juntamente con palabras similares pronunciadas por Jesús en otras ocasiones, encontramos el concepto básico que tuvo Jesús de la autoridad civil y su función. Los pasajes encontrados en los Sinópticos son paralelos. Y el pasaje en Juan 13:12-17, si no es formalmente paralelo, sí lo es en contenido y contexto. Sin duda estos textos son aún más fundamentales para la visión neotestamentaria de la relación entre cristianos y la autoridad civil (Iglesia y Estado) que Romanos 13 o Apocalipsis 13 que, de acuerdo con el concepto de algunos, representan el estado bueno, en que los cristianos debemos participar obedientemente, y el estado malo, contra el cual debemos rebelarnos.

A) Dios y Cesar

En la cristiandad occidental los cristianos generalmente han leído Romanos 13:1-7 a través de una óptica constantiniana, llegando a la conclusión de que el Nuevo Testamento ordena la obediencia de los cristianos a las autoridades civiles en su ejercicio de la fuerza coercitiva necesaria para mantener la paz y el orden en la sociedad secular. Y además, de acuerdo con esta visión, se nos ofrece orientación sobre las funciones de las autoridades civiles en la cristiandad. Sin embargo, cuando Romanos 13:1-7 es interpretada en su contexto inmediato en los capítulos 12 y 13 de Romanos, y en relación con el resto del Nuevo Testamento, y especialmente con el ejemplo y las enseñanzas de Jesús, se comprueba que las interpretaciones constantinianas tradicionales carecen de base bíblica.

1) Romanos 13:1-7 no representa un resumen fundamental de la actitud neotestamentaria hacia el estado. En realidad es una visión entre varias que encontramos en el Nuevo Testamento. Estas incluyen: a) la idea de que los gobiernos humanos son parte de la esfera de Satanás. Los relatos de las tentaciones de Jesús aparentemente presuponen esto. b) Los gobiernos humanos están incluidos entre los principados y las autoridades caídas (Col. 2:15 y Ef. 6:12). c) El estado es visto como

perseguidor de la comunidad mesiánica (Apoc. 13; 1 de Pedro y Santiago).

2) Romanos 12 y 13 forman una unidad literaria y deben ser interpretados como una unidad. Romanos 12 describe relaciones interpersonales en la comunidad cristiana. Estas incluyen amor hacia los perseguidores (12:14-21). Se señala que a los cristianos no les corresponde la venganza, pues la ira es la prerrogativa exclusiva de Dios (12:19). El único deber que les toca a los creyentes es amarse unos a otros, tema que es articulado en Romanos 13:8-10. Hay un notable contraste entre la función asignada a las autoridades (13:4) y la que corresponde a los cristianos. De modo que Romanos 13:1-7 debe ser interpretado en este contexto amplio.

3) En lugar de pedir que los cristianos apoyen incondicionalmente a las autoridades, este texto significaba para los cristianos judíos en Roma, viviendo bajo un gobierno con una política oficial anti semítica y de arbitrariedad imperialista, una llamada a asumir una postura no violenta hacia un gobierno tiránico. Pablo escribía a una comunidad que posiblemente estaba siendo tentado a apoyar una opción anárquica. En esa época los esclavos en Roma habían intentado una sublevación y la población judía estaba fuertemente influenciada por ideas de los zelotes. Por lo tanto, la intención original del pasaje no sería fomentar el patriotismo, sino advertir contra

violencia revolucionaria. Es un llamado a nuevos ciudadanos entusiastas del reino de Dios que, aunque sean relegadas a una posición netamente secundaria, deben tomar en serio a los reinos de este mundo. Por eso el texto llama a los cristianos no a la obediencia, sino al sometimiento a la autoridad civil (13:1).

4) Y aún en esta subordinación, los cristianos retienen su propia independencia moral. Se le rinde al gobierno solamente aquellas cosas que le corresponden. La única cosa que se le debe a todo el mundo por igual es el amor (13:8). De modo que el amor es la norma con que se evalúa lo que las autoridades piden de sus súbditos. La subordinación a la que se nos llama es al poder de turno, bueno o malo. No se trata de una institución u ordenación, de parte de Dios, de un gobierno en particular. En la historia de la iglesia esto se ha visto de varias maneras. Una postura "positivista" sugiere que es el gobierno particular que ha sido instituido por Dios. Esta postura tradicionalmente ha sido parte de la visión luterana. Otra posición "legitimista" o "normativa", diría que un gobierno bueno ha sido instituido por Dios y merece nuestro sometimiento. Tradicionalmente esta postura ha sido la de los zuinglianos o calvinistas. Otra visión diría que Dios establece gobiernos en el sentido de "alinear" u "ordenar" a los poderes mas bien que crear, instituir, o comisionarlos. Dios los alinea con

sus propósitos para el bienestar de la humanidad. Esta sería una postura de tipo radical.

5) En Romanos 13, el sometimiento requerido no incluye el servicio militar o policial. Roma no pedía esto a los pueblos sometidos. Esto era "privilegio" sólo de ciudadanos romanos. A esta altura la iglesia en Roma sería compuesta de judíos y esclavos y otras personas procedentes de las colonias conquistadas que no serían aptos para este servicio. Las funciones mencionadas en Romanos 13:3-4 no eran requeridas de los cristianos y lo que se les pide en vs. 6-7 no incluye servicio policial o militar. La tentación entre los cristianos sería la de sublevarse.

6) La función de "llevar la espada", a la cual los cristianos son llamados a someterse, es judicial o policial. No parece referirse a la pena capital ni a la guerra. La "espada" (13:4) es "machaira", símbolo de autoridad judicial. Este texto no provee una justificación para una doctrina de "guerra justa" ni es apoyo para la pena capital.

7) En todo esto el cristiano se sujeta al gobierno pero retiene su independencia moral y ejerce su propio juicio ético. No dice que todo lo que haga o pida el gobierno es bueno, aunque Dios ha querido que haya gobierno humano. Las autoridades públicas contribuyen a la intención de Dios en la medida en que contribuyen al auténtico

bienestar de los ciudadanos. "Pagad a todos lo que debéis" (13:7) no significa que debemos obedecer en absolutamente todo a los gobernantes. Romanos 13:7 no es una lista de lo que debemos al gobernante: tributo, sí; impuesto, sí; respeto (fobon), no; honra, tal vez. Una lista similar en 1 de Pedro 2:17 incluye: honrad a todos; amad a los hermanos; temed (fobesthe) a Dios; y honrad al rey. En otras palabras esta instrucción significa lo mismo que "dad a Cesar lo que es de Cesar, y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22:21). La instrucción fundamental para los seguidores de Jesús en este texto es "Pagad a todos lo que debéis ... No debáis a nadie nada sino el amaros" (Rom. 13:7-8). Las exigencias de Cesar no deben contradecir el deber del amor, definido en Rom. 13:10, como aquello que "no hace mal al prójimo".

El Dios de la Biblia es único, justo, santo, poderoso y universal (Is. 40) que no puede ser simbolizado por ninguna imagen de fabricación humana, ni por medio de representante humano alguno. En cambio, en Egipto se creía que el rey poseía poder y sabiduría divinos. El Faraón egipcio y los reyes de Babilonia y de Asiria fueron tenidos por dioses, o por representantes directos de los dioses. Los emperadores romanos también fueron investidos con la deificación. Esta deificación había sido firmemente resistido por los profetas en Israel Antiguo y ahora los cristianos primitivos seguían resistiéndola hasta

la muerte. Al ceder posteriormente a las exigencias del emperador, la iglesia reflejaba más las influencias paganas que les rodeaban que sus raíces hebreas. La doctrina posterior del "derecho divino de los reyes" no tiene fundamento bíblico.

Los alcances de las palabras de Jesús, "dad a Cesar lo que es de Cesar y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22:21), se aclaran a la luz de la visión bíblica del carácter ilimitado del reinado de Dios. No se trata de una simple división entre dos reinos distintos en que cada uno tiene sus propias esferas, metas y normas igualmente válidas. Jesús realmente actuaba y enseñaba como si hubiera un sólo reino válido, el de Dios. Y lejos de ser otro reino independiente, el orden social del Imperio Romano era, para Jesús, sencillamente una parte del orden de Dios que abarca el universo entero. No se trata de un compartir lealtades entre Cesar y Dios. Si "del Señor es la tierra y su plenitud" (Sal. 24:1), entonces ¿qué en toda la tierra es del Cesar? En última instancia, nada. Juan resume bien la visión neotestamentaria de la historia, "los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apoc. 11:15). Y aunque esta visión tiene obvias implicaciones para el futuro, para los cristianos del primer siglo, era ya una realidad. Si no fuera blasfemo, sería ridículo que César pretendiera decidir lo que le corresponde a él. Sin embargo, cristianos pronto llegarían a pensar así y hasta el día de hoy persisten en ello.

Romanos 13:1 no implica una "obediencia" en el sentido de someter totalmente nuestros deseos y nuestras acciones a los deseos de la autoridad, sino "someternos". Los cristianos lo tuvieron bien claro. Rehusaron rendirle el culto a Cesar que se les exigía pero en su testimonio no dudaban en confesar que uno era su Señor, Jesús. Y con esta firmeza testimonial no dudaron sellarlo con su muerte a manos de las autoridades, dando lugar a un nuevo término en el vocabulario de la iglesia - mártir.

Apocalipsis 13 suelo concebirse como la descripción de un estado malo contra el cual deben rebelarse los cristianos. En este caso también, la perspectiva es típicamente constantiana. Cuando tomamos en cuenta la centralidad del ejemplo y las enseñanzas de Jesús para el concepto de la relación entre los cristianos y la autoridad civil, podemos captar el carácter radicalmente diferente de esa "guerra del cordero" que vence con la espada aguda que sale de su boca y "la paciencia y la fe de los santos" (Apoc. 13:10).

Romanos 13, y otros pasajes utilizados para justificar la participación de los cristianos en el servicio militar, realmente nos exhorta a resistir esos esfuerzos a meternos en el molde de los sistemas mundanos, conformistas y paganos, a fin de comprometernos libremente a vivir con una lealtad completa a Dios bajo el señorío de Jesucristo.

El Nuevo Testamento enseña que la lealtad y la relación de los cristianos a las autoridades civiles tiene límites: orar por ellos y respetarlos siempre, pero sublevarnos nunca y obedecerlos cuando no están en conflicto con la voluntad de Dios. (Véase 1 Tim. 2:1-2; Hech. 5:29).

La primera decisión que tuvo que tomar el Mesías, en relación con el estado, era si iba a tomar control de él, o si iba a utilizarlo para lograr los propósitos de Dios en el mundo. Esta fue fundamentalmente la tentación satánica con que Jesús luchó al comienzo, y a lo largo, de su ministerio mesiánico (Lc. 4:1-13). Según el testimonio unánime de los Evangelios, Jesús rechazó esta tentación. De acuerdo con el Nuevo Testamento, probablemente no rechazó esta alternativa meramente, porque aplicaba los textos veterotestamentarios sobre el respeto para la vida del prójimo en forma más radical que sus contemporáneos. Tampoco sería porque, al estilo dualista de los Esenios, pensaba dejar el mundo tal como estaba, retirándose totalmente de él y renunciando a toda responsabilidad social. Se debe, sin duda, a una nueva visión del camino que ha de tomar el hombre de Dios en el mundo. En los propósitos de Dios, su Ungido toma la condición de Siervo. Y si Jesús renunció a la posibilidad de ejercer el señorío, tal como la autoridad se ejerce en el mundo, también sus discípulos lo habrían de renunciar igualmente.

Tanto Mateo como Marcos señalan que el camino que le corresponde al Ungido de Dios en el mundo es "dar la vida en rescate por muchos". Por su parte, Lucas contrasta la vida de servicio asumida por Jesús en medio de su comunidad con la costumbre de las autoridades civiles que "se hacen llamar benefactores". La ironía de esta descripción de la pretendida función de la autoridad civil no habría pasado desapercibida entre los oyentes de Jesús y los primeros lectores del Evangelio de Lucas. Estos "benefactores" fueron en realidad sus opresores. Y hasta el día de hoy, los así llamados "servidores públicos" son muchas veces todo menos eso.

Sin embargo, esta visión de la relación de Jesús y la comunidad mesiánica con la autoridad civil choca frontalmente con el concepto que ha caracterizado a la cristiandad durante la mayor parte de su historia. Especialmente a partir de la tolerancia, legalización y, finalmente, el establecimiento de la iglesia cristiana como religión oficial en el Imperio Romano en el siglo IV, la actitud de la iglesia hacia la autoridad civil ha sido generalmente positiva. Incluso, lo que fue tan evidente en la comunidad apostólica, "es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech. 5:29), perdió todo sentido en una iglesia donde César también hablaba por Dios. La excepción ha sido provista por movimientos de renovación radical, cuya valorización del papel de la autoridad civil generalmente se ha

asemejado más a la de Jesús y la comunidad primitiva.

B) La Paz y el Militarismo

Durante el entero período del Nuevo Testamento la posición de la iglesia primitiva era clara en cuanto a la paz y la violencia, en cuanto a la no-resistencia y el militarismo. Y a partir del año 100 la situación continuó sin cambios. Los padres de la iglesia eran unánimes en su apoyo de la paz y en su oposición a la guerra. Entre los años 100 y 313 no hay ningún escritor cristiano, que sepamos, que haya aprobado la participación de cristianos en la guerra. En realidad, todos los que escribieron sobre el tema desaprobaron esta práctica.

Los espectáculos de gladiadores y de fieras en el circo, el aborto y el infanticidio, que eran prácticas comunes de la época, estaban totalmente fuera de lugar para los cristianos. Esta actitud también incluyó a el rechazo de la matanza en la guerra, pues los cristianos se caracterizaban por un profundo respeto para la vida humana. Clemente de Alejandría escribió, "Nosotros, los cristianos somos una raza pacífica ...pues, no es para la guerra, sino para la paz que somos adiestrados" (El Pedagogo, I, 12).

Justino Martir, apologista griego viviendo en Roma que abogaba por la no-violencia, escribió alrededor del año 153, "Y los que antes nos matábamos uno a otros, no sólo no

hacemos ahora guerra a nuestros enemigos, sino que por no mentir ni engañar a nuestros jueces al interrogarnos, morimos gustosos por confesar a Cristo" (Apología, I, 39). Justino no dudaba en describir a los cristianos como gente de paz. El entendía que la visión profética de Miqueas 4:1-4 había comenzado a cumplirse en la comunidad cristiana. En realidad, Justino fue sólo el primero entre muchos padres de la iglesia primitiva que compartían este pensar. Incluidos en esta lista estaban Ireneo, obispo en el sur de Francia; Tertuliano, teólogo del Norte de Africa; Orígenes, de Egipto y Palestina, y otros. De modo que esta visión de la paz y la realidad del reinado de Dios en la iglesia eran ampliamente compartidas en todas partes de la iglesia en los primeros tres siglos.

Sin embargo, hay que reconocer que la posición de la iglesia en relación a esta cuestión no era absolutamente inequívoca. Hasta el año 170 no se ha encontrado ninguna evidencia segura que los cristianos sirvieron en el ejército. Pero a partir del año 170 comienza a crecer muy gradualmente el número de cristianos en el ejército romano y no por eso fueron excluidos de la comunión de la iglesia. Al principio, sin duda, serían soldados, que al hacerse cristianos, sencillamente permanecieron en el ejército. Más tarde, este grupo llegaría, de manera creciente, a incluir a cristianos que se habían hecho soldados. Pero con

todo, en la última parte del siglo III y la primera parte del siglo IV hubo por lo menos unos seis mártires entre los militares, soldados que por razones de fe rehusaron tomar parte en el ejército del Imperio Romano y sufrieron las consecuencias.

Las prácticas concretas de los cristianos durante este período a veces contradecían la visión de la iglesia, tal como ésta quedaba reflejada en los escritos de los padres de la iglesia. Pero tristemente, esta siempre ha sido la experiencia de la iglesia. A través de la historia de la iglesia observamos cierta tensión entre las enseñanzas de la iglesia y el comportamiento práctico de los cristianos. Pero más que nada, estas claudicaciones parecerían ser signos de debilidad humana y de pecado en la iglesia.

La iglesia primitiva resistió la tentación a rebajar sus enseñanzas al nivel de sus prácticas. Las convicciones de los cristianos primitivos eran, sin duda, no violentas. Sin embargo, tuvieron que esforzarse grandemente a fin de permanecer fieles a su Señor en medio de una situación social cambiante.

La oposición de los primeros cristianos a la guerra y al servicio militar se basaba básicamente en el ejemplo y en las enseñanzas de Jesús. Esto les llevó a resistir tenazmente los males y las injusticias de su tiempo. Pero en esto, rehusaron firmemente a

responder a los malhechores con violencia. Estaban dispuestos aún a sufrir la persecución, y hasta la muerte, antes de ceder a la tentación a derramar la sangre de sus perseguidores. Respetando, así, la vida de sus enemigos, ellos resistieron la tentación a contribuir a esa espiral de la violencia.

Los primeros cristianos también rehusaron prestar el servicio militar porque rechazaron sus reclamos idolátricos. Aunque ellos reconocían la importancia de gobierno humano a fin de fomentar la justicia y la paz, ellos percibieron la existencia de una oposición fundamental entre el César y Dios. Por lo tanto, ellos rehusaron firmemente tomar parte en las ceremonias cúllicas paganas que eran parte integral de la vida del ejército romano. Pero aún más fundamental era su rechazo de los reclamos del emperador y de su ejército sobre su lealtad y su obediencia absolutas.

Pero a partir de Constantino, a principios del siglo IV, el panorama cambió notablemente. Ambrosio y Agustín eran activos en el liderazgo de la iglesia en Italia y el Norte de Africa durante este siglo. Sus escritos proveyeron la base teológica para los cambios constantinianos. Ambrosio, mismo, encarnaba en su persona este cambio. El hijo de un oficial militar, Ambrosio llegó a ser gobernador en el norte de Italia. Cuando el obispo de Milano murió, Ambrosio fue escogido por aclamación popular para ser su nuevo pastor, aún sin haber sido bautizado. El no dudó en emplear el

poder del imperio en lo que él consideraba los intereses de la iglesia. El celebraba los cambios ocurridos en las relaciones entre la iglesia y el estado.

Los príncipes del imperio, que anteriormente perseguían a la iglesia, se habían convertido en los predicadores del evangelio. Pero, ¿qué evangelio? Ambrosio aplicaba los textos del Antiguo Testamento a la tarea de defender, con la fuerza militar, el imperio contra los bárbaros, al igual que contra sus adversarios políticos. Anteriormente, la cuestión había sido, si los cristianos podrían servir en el ejército. Ahora, la guerra misma se hace bajo los auspicios divinos. Y una vez que se determinaba que la guerra era de Dios, ya no había ninguna duda en cuanto a la participación de los cristianos.

Esto ha hecho aún más difícil la posición de las iglesias de paz. Anteriormente los cristianos pacifistas habían sido solo perseguidos por las autoridades civiles. Ahora, además del estado, la iglesia los perseguía. Así que, a través de la historia, el estado busca y recibe la bendición de la iglesia sobre sus guerras y los movimientos de renovación radical, que toman en serio la no resistencia como postura de los seguidores de Jesús, han sido perseguidos y reprimidos tanto por la iglesia como por el estado.

Agustín fue el que desarrolló con más

claridad las implicaciones del cambio constantiniano. El procuró justificar teológicamente la participación de los cristianos en las guerras del imperio. Y para su crédito, también intentó limitar la crueldad y la barbarie de la guerra, insistiendo que la causa y los medios fueran siempre justos.

Agustín no dejó ninguna duda en cuanto a la lealtad de los cristianos a la autoridad civil y su responsabilidad para contribuir al bienestar social bajo las condiciones impuestas por la autoridad. Bonifacio fue gobernador militar en el Africa del Norte. Llorando la muerte inesperada de su esposa, Bonifacio pensaba abandonar su carrera militar y dedicarse a una vida monástica de contemplación y servicio. Por su parte, Agustín hizo todo lo posible para persuadirle a seguir "sirviendo a Dios" como militar.

Agustín basaba su visión de la vocación militar para cristianos en el mandamiento a amar a Dios y al prójimo. El citaba tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo para señalar cómo el servicio militar y la vocación cristiana podrían ser compatibles. Su visión de la vocación militar se inspiraba en la visión paulina de los dones carismáticos. El insistía que el propósito del soldado cristiano siempre debe ser establecer la paz. "No pienses que nadie puede agradar a Dios si milita entre las armas de guerra. ... Cuando te armas

para pelear, piensa ante todo esto: también tu fuerza corporal es un don de Dios. Así no pensarás en utilizar contra Dios el don de Dios." (Epístola, 189.6).

Según Agustín, los cristianos son justificados en hacer la guerra solamente cuando ésta es ordenada por una autoridad legítimamente establecida. Esto es así, aún cuando la autoridad esté equivocada. Esto elimina la guerra motivada por razones ilegítimas, tales como deseos de dominar, rebelión, salvajismo y crueldad. Sin embargo, deja sin cuestionar las motivaciones de la autoridad que la ordena. Agustín pensaba que cuando la autoridad ordenaba la guerra, el cristiano podía obedecer estos órdenes sin problemas de conciencia.

"¿Qué hay de mal en la guerra? ¿Que personas mueren, que de todos modos morirán algún día, a fin de que los que sobreviven pueden ser subyugados en paz? El cobarde se queja, pero no es preocupación de personas religiosas. ... Una vez que la guerra haya sido declarada, los soldados deben servir en ella a fin de fomentar la paz y el orden públicos. Jamás de debe cuestionar la justicia de una guerra llevada a cabo por orden de Dios. ... Dios declara la guerra a fin de echar, eliminar y subyugar el orgullo en los seres humanos. ... Y nadie tiene poder sobre éstos a menos que le sea otorgado desde arriba. Todo poder viene por mandato expreso o

permiso de Dios. Así que, un hombre justo puede legítimamente combatir para establecer un orden de paz civil, aún cuando sirva bajo el mandato de un gobernante irreligioso. ... El mal de dar órdenes (equivocados) podría hacer culpable al gobernante, pero el orden de obediencia significa que el soldado es inocente. Cuanto más inocentemente, entonces, puede una persona participar en (la guerra) cuando Dios la manda a combatir" (Contra Fausto, 22.74.75).

Agustín también pensaba que se debiera utilizar la fuerza contra los cristianos disidentes en la iglesia. Por ejemplo, cuando los Donatistas en el Norte de Africa se retiraron en protesta contra algunas de las consecuencias de la nueva alianza que Constantino había hecho con la iglesia, Agustín dio su aprobación a la violencia contra ellos. El firmemente creía que el emperador actuaba bajo la influencia de Dios, al ordenar la represión violenta del movimiento, pues a él le correspondía mantener la paz y el orden en el imperio. Como gobernante cristiano, era su deber suprimir divisiones en la iglesia, de la misma manera en que actuaría contra una sublevación en el imperio.

Al abrazar el cristianismo, Constantino creó una nueva situación para la iglesia. En su respuesta a esta nueva situación, Agustín abandonó ciertos temas neotestamentarios y enfatizó otros. En su interpretación de las Escrituras prácticamente abandonó la visión de la presencia del reino de Dios. En los Evangelios, esta visión

del reino de Dios había sido sumamente importante para Jesús. A partir de Agustín, el reino de Dios vino a entenderse en un sentido principalmente futuro y espiritualizado, o interior. La visión de la paz mesiánica, proclamada por los profetas, concretamente realizada por Jesús en la creación de una nueva humanidad, y afirmada por los padres de la iglesia durante los primeros tres siglos, en esta nueva situación constantiniana ya no parecía ser una opción viable. Agustín, en contraste, hacía una distinción entre una paz temporal y una paz verdadera eterna.

Para Agustín, la primera de éstas era una paz imperial establecida y asegurada mediante el poder militar. En este sentido, podía hablar del emperador, y de los soldados cristianos, como pacificadores. La paz eterna, sin embargo, era una realidad puramente interior que los creyentes individuales podían gozar en el presente. Pero la realización concreta de esta paz quedaba postergada para el futuro, para la vida venidera.

Por eso, según la perspectiva de Agustín, cristianos participan de la guerra a fin de lograr una paz temporal. Y los sufrimientos que padecen, como consecuencia de la violencia bélica, son percibidos como una preparación para gozar de la paz celestial venidera. En realidad a partir del año 428, sólo los cristianos podían servir en el ejército romano, tan completo había sido la conversión de la iglesia al imperio. El evangelio

que la iglesia seguía profesando ya no sería el mismo evangelio del reino que Jesús había venido proclamando. La *pax romana*, establecida y asegurada por el poderío militar, había desplazado al evangelio de la paz que Jesús y sus apóstoles habían predicado. En lugar de ser hacedores de paz, al estilo de Jesús, la iglesia hizo de paz con la guerra, al estilo de Constantino.

VI. LA VIVENCIA DE LA PAZ A NIVEL DE LA COMUNIDAD Y LA FAMILIA

Introducción:

La Biblia no contiene una teología intelectualmente elaborada de la paz, o la justicia o la salvación. Lo que tiene son descripciones de la vivencia de la paz, o exhortaciones a su vivencia cuando por la infidelidad del pueblo cayó en el olvido. La teología es reflexión en torno a la actividad salvadora de Dios en su medio y un intento para articular esas experiencias en su testimonio misional. No se concibe de la paz sin experiencias reales de shalom. No se concibe de la justicia aunque reinen condiciones de obvia injusticia. No se concibe de una salvación auténtica sin su vivencia correspondiente.

A) Formas que Toma la Paz en la Comunidad Mesianica Neotestamentaria

1) Efesios 2:13-19 describe algunos elementos que caracterizan esta nueva comunidad de la paz de Dios. Estar "en Cristo" (13) no es tanto una experiencia espiritual interior y mística, como una participación en la nueva humanidad creada por Dios en Jesucristo.

El Evangelio de la paz abre la posibilidad de una nueva relación con Dios que se convierte en realidad en la medida en que vivamos en una nueva relación con nuestros semejantes. En esta comunidad las diferencias y las barreras que separan a los humanos son superadas: nacionalismos (eso de "todo por la patria" es una idolatría), racismos, prejuicios basados en diferencia de sexo, espíritu de competitividad económica, diferencias culturales, religiosas y sociales que contribuyen a actitudes de superioridad de parte de unos y de inferioridad de parte de otros.

Estar "en Cristo" ofrece la posibilidad viva de realizar comunión entre personas muy diversas, humana-mente hablando. Se trata de vida compartida en todos los niveles de convivencia humana: social, espiritual, económica, etc. El Evangelio de la paz derrumbó la barrera más formidable de la antigüedad: la muralla que separaba a judíos y gentiles.

Según el Nuevo Testamento, en esta comunidad de paz los enemigos son reconciliados de tal forma que la

violencia queda fuera de lugar en las relaciones interpersonales; personas de diferentes razas y nacionalidades se convierten en hermanos, en una confraternidad que no es meramente mística e invisible, sino que toma formas sociales concretas; los pobres son socorridos, los enfermos son sanados, pecadores rebeldes son reconciliados con Dios y con sus semejantes, etc. En fin, la función del Evangelio de la paz en Jesucristo consiste en restaurar esa comunidad de amor y paz y justicia que responde a la intención de Dios para la humanidad. En realidad se trata de la vida del reino que Jesús vino a inaugurar y que, en el poder de su Espíritu Santo, comenzamos ya aquí a vivir.

2) Otro ejemplo de los alcances del Evangelio de la paz lo encontramos en la formación de la comunidad primitiva en Jerusalén. A raíz de la obra del Espíritu en Pentecostés la iglesia naciente toma forma de "koinonía", o vida compartida (cf. 1 Jn. 1:1-4, "comunión"). Donde el Evangelio de la paz es oído y obedecido el Espíritu Santo crea un nuevo sentido de comunidad caracterizado por una profunda preocupación mutua y una apertura de unos para con otros. De esta comunidad leemos en Hechos 4:32: "Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que

tenían todas las cosas en común". Aquí se descubren dos espíritus muy distintos que están en conflicto:

a) Uno es el espíritu egoísta ("suyo propio"). Se enfatiza lo que es de uno mismo; lo "propio"; el individualismo; los intereses propios; predomina el concepto de lo privado. Esta orientación concentrada en lo propio, en propiedad, es fundamentalmente idólatra (Ef. 5:5, "avaro, que es idólatra"), pues se coloca a uno mismo, el "yo", en el centro, como elemento de mayor importancia. Este espíritu fue rechazado por la comunidad de Jerusalén.

En realidad las sociedades modernas generalmente se basan en este principio bajo alguna forma de contrato social que regula la competitividad egoísta y los intereses propios en un equilibrio de poderes. El concepto de la "propiedad privada" es ajeno al espíritu de "shalom". Pero lo trágico, no es tanto que las sociedades democráticas seculares se rigen por este principio, sino que la iglesia de Jesucristo muchas veces se organiza bajo estos principios democráticos de equilibrio de poderes y mutuo respeto de derechos. Este es el concepto romano de paz mas bien

que el "shalom" que proclamó Jesús y los apóstoles.

b) El otro espíritu, y éste es el que caracterizaba a la iglesia de Jerusalén, es el espíritu de comunión; de vida en común; de comunidad. Predomina la disposición a compartir generosamente para el bien común en todo nivel de la vida. Es en esta comunidad de paz donde el individuo halla una realización más plena.

En esta comunidad son librados de la tentación a la idolatría, pues Dios está en el centro de las relaciones humanas y la vida se comparte por el poder de su Espíritu. Bajo la dirección del Espíritu Santo, la congregación empezó a poner en práctica en su medio las condiciones del "año del jubileo", o "de remisión", que Jesús mismo había pregonado al comenzar su ministerio. "El Espíritu del Señor está sobre mí ... me ha ungido ... para predicar el año agradable del Señor" (Lc. 4:18). Según el jubileo, la tierra y su plenitud son de Dios y por lo tanto sus recursos han de utilizarse según las necesidades y para el bienestar de su pueblo. A fin de corregir injusticias que surgían con el paso de los años se debía declarar periódicamente el "año de remisión" en que las deudas eran perdonadas, los esclavos eran

liberados, los patrimonios familiares que se habían perdido por apremio económico eran devueltos. La iglesia de Jerusalén, en su deseo de realizar en forma concreta el Evangelio de la paz anunciado por Jesús, fue llevada por el Espíritu Santo a renovar en su medio las provisiones del "año de remisión", a fin de dar expresión a la comunión que experimentaban.

No será necesario organizar la iglesia del siglo xx en todas partes según el plano exacto de la comunidad de Jerusalén. Pero sí, debemos tomar con toda seriedad el espíritu y la forma fundamentalmente comunitarios que surgen del "shalom" de Dios que Jesús proclamó. Debemos escoger entre comunión y egoísmo como principios de vida.

3) Finalmente debemos recordar que en cuanto somos los hijos de Dios seremos hacedores de la paz (pacificadores) (Mt. 5:9). Nos asemejaremos a Dios en la medida en que vivamos y obremos para que la paz prevalezca entre los seres humanos.

Como pacificadores estamos llamados a solidarizarnos con los pobres y los oprimidos; a obrar por la sanidad de los enfermos y los afligidos; a dar de comer a los hambrientos; a cuidar de los rechazados y de los solitarios en la sociedad; a proclamar un mensaje

de libertad y paz a los esclavizados, rogándoles en nombre de Cristo que sean reconciliados con Dios.

La persona que ha sido alcanzada por el Evangelio de la paz y transformada por el poder del Espíritu de Dios difícilmente puede admitir que se practique con conciencia limpia el egoísmo, la competitividad desenfrenada, la ambición desorbitada, el deseo de renombre, la acumulación egoísta de bienes, la violencia, prejuicios raciales y étnicos, la discriminación, la injusticia, y la falta de piedad sincera y auténtica.

El cristiano que es motivado por el Espíritu de su Señor no practica esta forma de vida aunque la gran mayoría de la sociedad secular lo haga. El pacificador no se deja colocar en el molde del mundo. Es realmente notable que en el primer siglo de la era cristiana el término "pacificador", tal como aparece en Mateo 5:9, designaba a dos clases de personas muy distintas. El término aparecía en las monedas del Imperio Romano designando al emperador. Y según este uso, significaba su actividad, y hasta la fuerza violenta que se creía necesaria para asegurar la continuidad del Imperio ("si quieres la paz, prepara la guerra", es la expresión tradicional que refleja esta actitud.).

Por otra parte, Jesús dio esta designación a sus seguidores, a

aquellos que, en su servicio sacrificial hacia sus semejantes, y aún hacia sus enemigos, comunican el amor de Dios; a aquellos que son agentes del reinado de Dios en el mundo. La actividad de éstos es determinada, no por lo que hace el emperador, sino por la forma de ser y actuar de su Señor, Jesús de Nazaret, el Mesías Príncipe de Paz.

Jesús ha de ser la norma para determinar nuestro estilo de vida. Su camino de paz y justicia determina la forma de nuestra presencia, proclama y actuar en el mundo. Jesús nos invita a entrar y a participar en su nueva Comunidad de Paz, renovados en el poder de su Espíritu, y a vivir la paz anticipando la venida de su reino de paz en toda su plenitud.

B) La Imitación del Cristo de la Cruz en Nuestra Tarea como Pacificadores

El Nuevo Testamento invita repetidamente a los seguidores de Jesús a responder al amor y sacrificio vicario de Dios en Cristo, haciendo de la cruz modelo para sus vidas. Aunque la cruz de Cristo es única y su sacrificio no se repite, sin embargo los cristianos somos llamados a imitarle precisamente en esto mismo. Entre los muchos aspectos de la vida de Jesús que serían dignos de imitar, como el celibato, su forma

de trabajar, su forma de vestirse, etc., únicamente somos llamados a asumir su cruz. Jesús mismo dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt. 16:24). Y la naturaleza concreta y real de esta cruz se subraya en el versículo siguiente, "El que pierda su vida por causa de mí, la hallará".

Las, así llamadas, "tablas domésticas" (Ef. 5:21-6:9; Col. 3:18-4:1; 1 Ped. 2:11-3:12; et al.), o listas de instrucciones para orientar a las comunidades primitivas en su convivencia a nivel comunitaria y familiar, no fueron instrumentos para la conservación del status quo social como a veces posiblemente hemos sido tentados a pensar. Son documentos realmente revolucionarios cuando son tomados en su contexto grecorromano del siglo I. En primer lugar, las instrucciones son dirigidas a gente que no era nadie: a los esclavos, a los niños, a las mujeres y a los súbditos. A diferencia de la sociedad en general, en estas comunidades se les trataban como agentes libres capaces de tomar decisiones éticas con plenos derechos como miembros de la familia de Dios. En las tablas se les apela a tomar decisiones y a actuar orientados por el modelo de Jesús. En segundo lugar, a los tenidos por "fuertes" entre ellos: los amos, los maridos y los padres se les apela a

orientar sus actuaciones hacia aquellos que en la sociedad contemporánea se tenían por subordinados inferiores siguiendo el ejemplo de Jesús que, de manera no violenta, había literalmente dado su vida por ellos.

Así que, en lugar de perpetuar las desigualdades sociales de la época, aquellos con poder en la sociedad son invitados a romper el ciclo de opresión, asumiendo ellos mismos la cruz en sus relaciones con los débiles en la sociedad. Se apelan a los amos a asumir una cruz en sus relaciones con sus esclavos "dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas" (Ef. 6:9). No se trataba de amenazarles con la venganza de Dios. Se trataba, mas bien, de colocar delante de ellos el modelo de un Dios no violento que es absolutamente fiel en prodigar su gracia a todos por igual. En la iglesia primitiva se superó efectivamente esa funesta institución de la esclavitud tan predominante en el mundo antiguo. A los esclavos en familias cristianas se les trataban como hermanos y hermanas. Se recibían con brazos abiertos a los esclavos fugados que, huyendo de sus amos crueles, les llegaban a sus iglesias domésticas en las grandes ciudades del Imperio Romano. Hermas, que llegó a ser obispo de la iglesia en Roma en el tercer siglo, había sido objeto de la

compasión de una mujer cristiana que le compró su libertad.

En una sociedad en que las mujeres fueron usadas y abusadas, y en general, fueron menospreciadas, en la iglesia era diferente. Se les apela a los maridos a tomar como ejemplo la cruz de Cristo en sus relaciones hacia sus mujeres. Efectivamente, en las comunidades cristianas hubo un aprecio y respeto para la mujer inaudito en la sociedad contemporánea. La historia de María y Marta no es meramente un ejemplo de la relación entre una espiritualidad práctica de servicio a los demás y una espiritualidad más mística y contemplativa. En su contexto en Lucas 10:38-42, el relato ofrece una prueba clara que la mujer también puede ser discípula de Jesús en un sentido pleno. En realidad, la iglesia primitiva se distinguía notablemente de la sociedad de su tiempo en las formas en que las mujeres se convertían en protagonistas prominentes en la vida de la comunidad. Se destacaron por su participación en las iglesias domésticas que iban extendiéndose a través del todo el Imperio Romano. Fue después de establecerse la iglesia en Roma y comenzar las reuniones multitudinarias que la participación de la mujer en el culto de la comunidad fue vedada, pues hería los sentimientos romanos tradicionales.

Esta imitación concreta de Cristo y su cruz es tan importante en el Nuevo Testamento que se aplica a todas las áreas principales de la vida: la familia, la iglesia, las relaciones económicas y las relaciones políticas. Encontramos en Efesios 4:32-5:2 un ejemplo de esta preocupación. "Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante". Y notamos que en la iglesia primitiva su pudo superar estas distinciones sociales de una manera que, para la sociedad en general fue imposible. Pablo podía recordar a la comunidad en Galacia que "ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal. 3:28).

1) En el Matrimonio

En el primer siglo en Efeso las relaciones sociales entre los sexos se caracterizaban por la dominación masculina prácticamente absoluta. Sin embargo, y a pesar de ir en contra de la corriente social predominante, Pablo invita a los hombres en la comunidad cristiana

en Efeso a tomar la cruz de Cristo como su modelo en sus relaciones con sus esposas. "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesias, y se entregó a sí mismo por ella" (Ef. 5:25). La vivencia de la paz, o comienza en casa, o no comienza. La no violencia del sacrificio vicario no se aplica únicamente, ni principalmente, a Gandhi ni a Martin Luther King, ni a las grandes cruzadas a favor de la justicia, sino a las relaciones interpersonales comunes y corrientes en el matrimonio.

2) En Relaciones entre Padres e Hijos

"Hijos obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y la amonestación del Señor" (Ef. 6:1-4). En una sociedad en que los padres ejercían un poder de vida y muerte sobre sus hijos, no nacidos al igual que nacidos, los cristianos vivían contra la corriente cultural predominante.

En el año 180 a. de C., Atenágoras escribió sobre la violencia en general y sobre la violencia en un

contexto familiar en particular: "Los espectáculos de gladiadores o de fieras ...son por vosotros organizados. Mas nosotros, que consideramos que ver matar está cerca del matar mismo, nos abstenemos de tales espectáculos. ¿Cómo, pues, podemos matar, los que no queremos ni ver para no contraer mancha ni impureza en nosotros? Nosotros afirmamos que las que intentan el aborto cometen un homicidio y tendrán que dar cuenta a Dios por ello; entonces, ¿por qué razón habíamos de matar a nadie? Porque no se puede pensar a la vez lo que lleva la mujer en el vientre es un ser viviente y objeto, por ende, de la providencia de Dios, y matar luego al que ya ha avanzado en la vida; no exponer lo nacido, por creer que exponer a los hijos equivale o matarlos, y quitar la vida a lo que ha sido ya criado. No, nosotros somos en todo y siempre iguales y acordes con nosotros mismos, pues servimos a la razón y no la violentamos" ("Legación en favor de los cristianos", 35).

En una sociedad que cosecha los resultados de violencia familiar, y especialmente el abuso de los más débiles en la familia, las mujeres y los niños, esta visión de la paz fundada en el Cristo de la cruz es especialmente pertinente.

3) En Relaciones en un Contexto Eclesial

El camino de la cruz también provee la clave para las relaciones armoniosas en la iglesia. Este es el contexto en que Pablo incluye el himno sobre la humillación, muerte y exaltación de Jesús (Fil. 2:6-11). En lugar de contienda, orgullo y egoísmo (Fil. 2:3-4), así debe haber el mismo "sentir que hubo en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:5-8). En realidad, la iglesia se define como esa comunidad que ama, así como Cristo amó. "En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (1 Jn. 3:16).

Más adelante Pablo rogó directamente a Evodia y a Síntique a que se reconciliaran en "un mismo sentir en el Señor" (Fil. 4:2), pero el modelo para esta reconciliación lo había señalado ya, que es el Cristo de la cruz.

4) En Relaciones Laborales

La cruz es también clave para las relaciones laborales en el pueblo de

Dios. Pedro invita a esclavos cristianos a someterse, no sólo a los amos amables y buenos, sino también a los difíciles de soportar (1 Ped. 2:18). "Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias, padeciendo injustamente. Pues, ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados" (2 Ped. 2:19-24).

El modelo de Jesús en su sufrimiento vicario orienta nuestra actuación aún (y especialmente) en situaciones de injusticia. Aquí se trata de sufrimiento bajo opresores injustos. Pero esto no implica asentir ante las injusticias. Significa, mas bien, que rehusamos ver en nuestros opresores enemigos contra los cuales luchar con violencia.

Recordando que Cristo murió por nosotros siendo aún enemigos de Dios, imitaremos este mismo amor de Dios para enemigos en nuestros tratos con nuestros adversarios.

5) En Relaciones con las Autoridades Establecidas

La cruz es modelo para relaciones sociales en círculos más amplios. En el contexto en que se describen las relaciones con las autoridades seculares hay una clara referencia a la enseñanza de Jesús sobre el amor hacia los enemigos.

"Benedicid a los que os persiguen; bendicid y no maldigáis ... No paguéis a nadie mal por mal ... No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios ... Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer ...

No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Rom. 12:14-21). Y finalmente, Pablo añade que "el amar no hace mal al prójimo (13:10). De modo que, la cruz de Cristo determina también nuestras relaciones con las autoridades gubernamentales, sean buenas o sean malas. Nuestro sometimiento a las autoridades civiles descrito en Romanos 13 de ninguna manera significa ser copartícipes en la violencia que emplea el Estado. Al contrario, sólo Dios merece nuestro respeto absoluto (Rom. 13:7; cf. 1 Ped. 2:17). De modo

que, aún la participación pública de los cristianos es determinada por la alternativa social que brota de la cruz de Cristo.

C) El Evangelio: Mensaje de Paz Tanto en Nuestra Condición Como Nuestra Actuación

En Jesús el Mesías, se cumple la visión profética del shalom mesiánico, la paz esperada en el Antiguo Testamento. Por eso el mensaje de Dios por medio de Jesucristo se llama "El Evangelio de Paz" (Hech. 10:36).

Así, desde la caída cuando comenzó a reinar la rebeldía y la desobediencia hacia Dios y la violencia hacia los semejantes, ha sido la intención de Dios reconciliar a los seres humanos consigo mismo y entre sí. Pero no hay fuerza ni poder humanos ni divinos capaces de "imponer" una reconciliación, ni con Dios ni entre los humanos, ya que la reconciliación tiene que ser libre y voluntaria. Pero en esto Dios ha tomado la iniciativa dando su vida por nosotros y ofreciendo una demostración costosa de su amor en la cruz, aún cuando éramos sus enemigos (2 Cor. 5:17-21; 1 Jn. 3:16; 4:9-10). La cruz de Cristo es la estrategia de Dios para responder a sus enemigos, venciéndoles con el amor.

En la cruz Dios nos ofrece 1) su perdón, 2) la posibilidad de una

nueva relación con él de amor y obediencia, y 3) la posibilidad de relaciones reconciliadas con nuestros enemigos. Generalmente se han reconocido los primeros dos resultados de la cruz: el perdón y la reconciliación con Dios. Pero el tercero la posibilidad de relaciones reconciliadas con nuestros enemigos se le ha escapado a la mayor parte de la cristiandad.

El ejemplo más claro de esta paz es la reconciliación que se produjo entre judíos y gentiles en el primer siglo por medio de Jesús (Ef. 2:13-15). La muerte de Jesús era para todos igualmente, eliminando así las enemistades con Dios y entre ellos, y creando una comunidad de paz. De modo que, por medio de la cruz, Cristo reconcilió a los que eran enemigos superando así la hostilidad más notable del mundo antiguo. Así que esta paz es parte integral del Evangelio. Es una buena noticia saber que la guerra contra Dios, al igual que la guerra contra nuestros enemigos, ha terminado y que ahora puede haber paz. Pero también la cruz de Cristo ha sido el modelo para otras áreas de conflicto que nos afectan hasta el día de hoy. La cruz de Cristo elimina, en principio, (y también en realidad si se lo permitimos) todas las barreras entre los sexos, las clases sociales, económicas, políticas y raciales entre los pueblos y las naciones.

En la cruz de Cristo, Dios nos dice que ama a sus enemigos hasta el punto de sufrir y sacrificar su vida a favor de ellos. Y ahora nos invita a nosotros a imitar a su Hijo en la cruz con la misma clase de amor sacrificial hacia otros en todos los niveles de nuestra vida: familia, iglesia, trabajo, relaciones políticas, etc. En este mundo violento y egoísta se nos invita a creer que en Cristo una nueva era ha comenzado y que podemos imitarle a Jesús en su amor desinteresado. Para Dios todo es posible. Y todo es posible para los que creemos en verdad que el Mesías de Dios ha venido. La era mesiánica ha llegado en Cristo. La resurrección y Pentecostés son pruebas de ello. En el poder del Espíritu es posible vivir el camino de la cruz. Precisamente en este mundo caído y en todas las áreas de nuestra vida seguimos a Cristo en el camino costoso de la paz y la no violencia, sabiendo que tendremos que sacrificar nuestros egoísmos y nuestras violencias y que bien puede costar nuestra vida por amor al enemigo. Pero estamos convencidos de que la única forma de ser hijos auténticos de Dios es ser pacificadores, tal como El lo es.

D) Epílogo

Aunque esta visión del significado de la muerte de Cristo goza de autoridad neotestamentaria, y

aunque contribuyó poderosamente a la auto comprensión de la iglesia primitiva, en el transcurso de la historia de la iglesia ha caído en desuso. Tan es así que esta visión parece ser una innovación para la mayoría de los cristianos ortodoxos, tanto Católicos como Protestantes, en nuestros tiempos. Pero no es difícil adivinar la razón por el extraño silencio de esta visión del significado de la cruz de Cristo en la iglesia de los últimos diecisiete siglos.

Desde el siglo IV, se ha venido pensando que la violencia es justificable, y aún necesaria en la Iglesia. Agustín hablaba por muchos de su época, y hasta el día de hoy, cuando dijo que la paz, tal como Jesús lo hizo a costa de su propia vida, no era una posibilidad realista para los cristianos de su tiempo. Por lo tanto esta manera de comprender la muerte de Jesús que cuestiona tan frontalmente las prácticas violentas de los cristianos estaba destinada a caer en el abandono. Otras imágenes para comprender la cruz fueron enfatizadas, e incluso en algunos casos deformadas, de modo que la muerte de Jesús podía ser comprendida en forma totalmente "ortodoxa" sin cuestionar radicalmente las enemistades que separaban a la humanidad y las violencias con que esta situación de alienación humana se ha

perpetuado.

En cambio, la muerte de Jesús (al igual que su vida) fue un poderoso componente de la visión que condujo a la Iglesia apostólica a rechazar la violencia en las relaciones humanas y aún a responder a sus enemigos con un amor semejante al amor de Dios, encarnado en Jesús. Y desde entonces y dondequiera que cristianos se han dispuesto a seguir a Cristo radicalmente, la muerte de Jesús les ha servido como inspiración y fundamento para su no violencia hacia sus enemigos.

VII. HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA PAZ

Introducción:

Una de las contradicciones con que luchamos los cristianos, que intentamos tomar en serio el camino de la paz, tal como Jesús nos lo ha enseñado, es armonizar nuestras convicciones espirituales e intelectuales con la realidad de nuestra vivencia. Una fundación canadiense recientemente hizo un estudio de la violencia y la guerra entre los diversos pueblos con sus religiones diferentes y descubrió que entre todos los grupos, fueron los cristianos lo más violentos. Y no sólo esto. Entre los cristianos, fueron los más dogmáticos, los más convencidos en su fe, que resultaron ser los más beligerantes. ¿Por qué es que los seguidores del "Príncipe de Paz" no parezcamos más a Jesús? ¿Por qué es que entre los más convencidos en nuestras convicciones a favor de la justicia, y la paz y la no violencia seamos tan violentos en nuestras relaciones con otros?

Recientemente estuve en una reunión de pastores menonitas en los EE. UU. donde uno de los pastores en un obvio momento de frustración dijo: "Nuestras iglesias no son iglesias de paz. En mi concepción veo la violencia todos

los días en la forma de desavenencias interpersonales, conflictos matrimoniales, luchas por el poder, familias disfuncionales, en fin, muchas manifestaciones exteriorizadas de nuestras violencias sublimadas.

Ted Koontz ha señalado que entre los Menonitas demasiadas veces son precisamente los defensores públicos más fervientes de una posición teológica pacifista absoluta los que con más probabilidad habrán de manifestar señales de violencia en sus vidas personales. Cuenta el testimonio de una mujer menonita que fue víctima de abuso sexual en manos de su propio padre. El había sido un exponente prominente para la paz en el vecindario y se había opuesto a la introducción de la enseñanza militar en las escuelas públicas. Pero mientras tanto, venía violando sexualmente a su propia hija. En otro caso más extremo aún, significaba predicar sermones fervientes abogando por la paz el domingo y violando sexualmente a su hija el lunes. ¡Qué el Señor nos tenga misericordia! ("Nonresistance as P i e t y", M E N O N I T E QUARTERLY REVIEW, 69, (July 1995), pp. 354-368.)

A) El Problema de la Violencia Menonita

Los historiadores y los sociólogos menonitas han señalado que históricamente la no resistencia, o no violencia, ha sido una de las características más centrales de la identidad menonita. El Sermón del Monte, "No resistáis al que es malo ... A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra ... Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mt. 5:39-48) y la teología de la paz paulina, "Benedicid a los que os persiguen ... No paguéis a nadie mal por mal ... No os venguéis vosotros mismos ... Si tu enemigo tuviere hambre dale de comer ... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Rom. 12:14-21) han sido fundamentales en la formación espiritual de los Menonitas.

Las confesiones de fe menonitas, a lo largo de los siglos, todos han enfatizado este elemento central de nuestra fe. Si los Menonitas tenemos un "canon dentro del canon" serían los textos del Sermón del Monte que hemos citado arriba. Este texto ha sido clave para nuestra interpretación bíblica. De modo que convicciones en relación con la paz y específicamente la no resistencia,

como la hemos llamado en nuestros círculos son centrales para una identidad menonita.

Este énfasis tradicional sobre la no resistencia ha contribuido a la formación de lo que podríamos llamar una personalidad menonita, además de nuestra espiritualidad. Los Anabautistas hablaron mucho de "gelassenheit", es decir, un espíritu de sometimiento y de entrega a la voluntad de Dios, especialmente frente a la persecución y el martirio. Pero cuando los tiempos de persecución pasaron y nuestros antepasados fueron tolerados y hasta apreciados por su honradez y su laboriosidad su expresión de "gelassenheit" pasó a ser una personalidad tranquila, modesta, con una disposición no agresiva. En el siglo XIX especialmente la humildad, acompañada con todo un conjunto de características afines como auto desprecio, mansedumbre, paciencia (comprendidas en su sentido negativo mas bien que en sus sentidos bíblicos, donde eran aspectos fundamentales en la vivencia de Jesús y sus discípulos), llegó a ser una virtud codiciada entre los Menonitas.

Esta personalidad distintivamente menonita ha merchado notablemente, especialmente desde la segunda Guerra Mundial a mediados del siglo XX. Probablemente esto se debe más a influencias modernas, que a un

retorno a las condiciones radicales de la iglesia primitiva o a una recuperación del espíritu del Anabautismo del siglo XVI. La no resistencia apela muy poco a la mentalidad moderna, como tampoco apelaba a la mentalidad greco romana del primer siglo. Tendríamos que preguntarnos si nuestro activismo pacifista se debe más a una renovada fidelidad a la Biblia o si es más una expresión de nuestra adaptación al espíritu de la modernidad.

Cuando la no resistencia es asumida como un "requisito" a fin de satisfacer a un Dios que nos amenaza con el infierno si no obedecemos, o a fin de satisfacer a una iglesia que insiste en nuestra conformidad con sus reglas, nuestra no conformidad con el orden imperante se convierte en una fuerza destructiva. (Lo que en Romanos 12 fue una hermosa descripción de una vivencia fundada en la gracia asombrosa de Dios llega a ser un código a ser impuesto mediante la coerción social.) Es más fácil conformar con exigencias legalistas que renovar constantemente nuestra conciencia de la maravillosa gracia inmerecida de Dios. Solo podemos ser fieles por la gracia de Dios. La presión social sobre nosotros a ser "buenos" y no resistentes no puede ser sostenida, a la larga, sólo por un sentido del deber.

Esto se aplica a los hombres, debido a la forma en la sociedad define "hombría". La presión social sobre el hombre a ejercer el control es enorme. Y cuando en la iglesia no se provee un espacio de seguridad en donde confesar nuestros pecados, interiorizamos nuestras contradicciones y cedemos a la tentación a vivir vidas de duplicidad. En la experiencia menonita un "gelassenheit" fingida nos ha conducido, a veces, a ser personas inseguras, apocadas y temerosas. Sentimientos profundos reprimidos por un lado, hallan sus maneras de expresarse en otras formas, incluso en expresiones de violencia cuando nuestras vidas no siguen transformándose por la inefable gracia de Dios.

B) Una Auténtica Experiencia de Gracia es Esencial Para una Espiritualidad de Paz

Nuestro compromiso con la paz y la no resistencia tiene que ser fundada en experiencias personales de la misericordia de Dios para que podamos vivir la paz como respuesta libre a la gracia divina. No pueden sostenerse como un deber exigido por un Dios vengador, ni mediante las expectativas de una congregación celosamente vigilante y exigente.

La paz tiene que fundamentarse en la realidad de nuestras

experiencias del soplo suave de las brisas vivificantes del Espíritu de Dios en nuestras vidas. En la presencia de Dios nos vemos por lo que realmente somos, finitos y fallidos, pero infinitamente amados por Dios. Es nuestra respuesta de fe a este amor infinito de Dios "que nos amó, siendo aún enemigos de Dios", que hace posible que nosotros no resistamos al malo. En mi propia experiencia yo he encontrado que ha sido mucho más fácil hacerme entender, en mis esfuerzos por comunicar el Evangelio de la Paz, con un joven creyente Pentecostal que con creyentes maduros y doctrinados de denominaciones más tradicionales.

Una nueva visión de la salvación por la gracia fue uno de los aportes más importantes de la Reforma Protestante en el siglo XVI. Si bien es cierto que hubo diferencias entre los Reformadores y los Radicales y éstos fueron perseguidos (a la muerte, a veces) por los Protestantes, no fue la recuperación de una visión más paulina de la doctrina de la salvación por la gracia que los distinguía. Los Protestantes entendieron que la salvación eterna del alma sería sólo por la gracia de Dios, y no por sus propios méritos. Sin embargo, no estaban dispuestos a confiar, de forma no resistente, la salvación de su vida (física) a la gracia de Dios.

Esta habría que defenderla con la espada. Los Anabautistas no resistentes fueron más consecuentes que los Protestantes en su visión de la gracia.

No será una mera coincidencia que en el contexto del Sermón del Monte Jesús aconseja a la comunidad de sus discípulos que pidan a Dios su Espíritu Santo (Mt. 7:7-11). Más que una simple enseñanza sobre la importancia de la oración, el énfasis en este párrafo cae sobre el hecho que el "Padre dará buenas cosas a los que le piden" (7:11). La versión que nos ofrece Lucas nos aclara qué son estas "buenas cosas". "¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lc. 11:13). Seríamos los primeros en reconocer que amar al enemigo no es una actuación que se nos viene con naturalidad. Para vivir esta visión de la paz se requiere mucho más que meros esfuerzos humanos. Para vivir la vida que corresponde al reino se precisa el Espíritu del Rey de ese reino.

Es el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en su bautismo capacitándole para cumplir su misión mesiánica (Mt. 3:16-17). Y entre estas funciones mesiánicas esta precisamente la de bautizar a sus seguidores "en el Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11). Para la vida de paz que corresponde al reinado de

Dios, Dios mismo interviene en la persona de su Espíritu para capacitar y purificar a los que participan en su reino de paz. Es imposible leer las enseñanzas en el Sermón del Monte sobre la paz y la no resistencia ante el que es malo, sin sentirnos humanamente impotentes y aplastados ante la nueva ley de Cristo y sus condiciones. Ante este sentido de incapacidad y frustración humanas viene la respuesta de Jesús: "Pedid ... Buscad ... Llamad" (Mt. 7:7), que el Padre pondrá en vosotros su Espíritu. Esta era precisamente la visión profética de la era mesiánica de paz. "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ezeq. 36:27; cf. Jer. 31:33-34; Joel 2:28-29). Intentar amar a nuestros enemigos sin un bautismo en el Espíritu de Dios es correr el riesgo de naufragarnos.

Los primeros Anabautistas fueron motivados sobre todo por su encuentro con el Espíritu de Dios que los transformó "desde adentro hacia afuera". Ellos no eligieron los caminos de sufrimiento que iban a transitar. Ellos no comenzaron con una teología de la paz bien pensada y elaborada. Fue mas bien, un proceso gozoso, y a veces angustioso, de seguir a Jesús a medida que su Espíritu iba revelándoles alternativas de obediencia en su caminar diario. En

medio de una sublevación general de campesinos, ampliamente extendida por Europa central, con que ellos simpatizaban, ellos a veces vislumbraban los caminos no violentos de sufrimiento vicario asumidos por Jesús y sus discípulos y otras veces cedían a la tentación de depender de las armas, bien de autoridades que favorecían su causa, bien de los campesinos y artesanos sublevados.

Este encuentro con el Espíritu de Dios fue fundamental para los Anabautistas. El carácter pneumático de los primeros Anabautistas poco a poco fue modificándose en los intereses de la conservación institucional del movimiento. Arnoldo Snyder escribe lo siguiente de este proceso: "Para los primeros Anabautistas su pneumatología fue la sine qua non del movimiento. Su apelación a la intervención activa del Espíritu Santo en los creyentes fue el fundamento en que descansaba su anticlericalismo y su antisacramentalismo ... Incluso, la "letra de la escritura" permanecía para ellos una "letra muerta" si no fuera interpretada en el poder del Espíritu Santo. También, su vida de seguimiento en el camino de la salvación estaba basada en la actividad regeneradora del Espíritu Santo, que hizo posible ese discipulado ... El surgir del

Anabautismo como un movimiento de restauración eclesial no se hubiera dado sin la convicción y el impulso pneumatológico que fundamentaba sus características más visibles" (ANABAPTIST HISTORY AND THEOLOGY: AN INTRODUCTION, p. 379). A medida que pasaba el siglo XVI, el movimiento iba suprimiendo las expresiones pneumáticas, y una conformidad a normas y reglas de comportamiento tomó prioridad sobre experiencias de regeneración interior y dependencia del Espíritu.

Pero en el siglo siguiente en el suroeste de Alemania surgió el movimiento Pietista y, muy especialmente para nuestros propósitos, el movimiento Pietista radical que luego se conocería como "Los Hermanos". Ellos recuperaron las dimensiones espirituales y personales de una fe transformadora. E interesante, este movimiento prosperó especialmente en áreas que habían sido fuertemente influenciados por los Anabautistas. Sencillamente, no hay sustituto para las dimensiones espirituales y relacionales (personales) en la vivencia del Evangelio de la paz.

Probablemente una de las razones por la falta de esa clase de espiritualidad que hace posible una vida de paz y no resistencia es nuestro temor; nuestra preocupación por nuestra propia

seguridad y nuestra indisposición a arriesgarnos a la providencia y la protección de Dios. Nos olvidamos que es precisamente en medio de nuestra inseguridad que más experimentamos el poder salvador de Dios (2 Cor. 12:9-10). Es notable que en la medida en que su seguridad y estabilidad aumentaban, mermaba el énfasis sobre el Espíritu Santo entre los Anabautistas. Incluso, ese es un problema mucho mayor para los Menonitas en nuestra época, que lo fue para nuestros antepasados. Olvidando que somos un pueblo peregrino y que nuestra vida espiritual misma depende de la gracia de Dios y del sostén de su Espíritu, nos acomodamos. Y en este proceso nuestra espiritualidad se marchita y nuestro testimonio al Evangelio de la Paz pierde su claridad.

Un sano compromiso con el Evangelio de la paz requiere una comprensión experimental, al igual que intelectual, de salvación como don inmerecido de Dios. Cuando nos damos cuenta que no merecemos, ni siquiera, nuestra propia vida, también nos daremos cuenta que no tenemos el "derecho" a defenderla. Este concepto radical de la gracia de Dios halla su mayor expresión en una postura no resistente, una respuesta de agradecimiento no defensiva ante la generosidad misericordiosa de Dios. Ya que no somos nuestros, ni hemos creado lo que tenemos, no tenemos porque defender nuestra vida ni

posiciones.

La experiencia de la gracia misericordiosa de Dios en medio de nuestra propia debilidad es transformadora. Nuestra relación con Dios ya no es una relación determinada por nuestro deber, a fin de merecer el amor de Dios, sino por nuestro querer. Sabemos que Cristo murió por nosotros, aún siendo pecadores, "el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (1 Ped. 3:18). Tiene sentido, entonces, hacer lo mismo con nuestros enemigos, imitando a Dios en su manera de amarnos a nosotros. Nuestra no resistencia depende, por lo tanto, de nuestra capacidad de siempre comprender la gracia de Dios como un don inmerecido y responder a Dios y a nuestros semejantes de la forma indicada.

Esta profunda experiencia de la gracia inmerecida de Dios también ofrece una solución para nuestros temores, nuestras inseguridades y nuestras falsas humildades. En nuestra experiencia del amor misericordioso y no violento de Dios ya no tenemos porque llevar cuentas para ver que se nos haga siempre justicia y que nuestros derechos sean siempre respetados. Podemos andar confiados y amorosos por la vida, tratando a todos con comprensión y benignidad. Esos sentidos de inferioridad y de desprecio propio que hay escondidos dentro de

nosotros (Menonitas), son capaces de producir semillas de violencia inesperadas. Una experiencia realmente salvadora de la gracia de Dios hará que nuestra no resistencia sea más auténtica, respondiendo al Espíritu de Cristo mismo.

C) Sana Participación en el Cuerpo de Cristo es Esencial Para una Espiritualidad de Paz

Si fuéramos a preguntar ¿en qué consiste la novedad de vida experimentada por los Anabautistas primitivos?, probablemente la respuesta más definitiva sería "en la nueva comunidad de fe en que ellos participaban". La experiencia de la gracia, para los Anabautistas, era personal, pero no por eso era individualista. Por eso, una de las formas más importantes en que podemos como iglesia fortalecer nuestro compromiso con el Evangelio de la paz y nuestra no resistencia es fortalecer nuestra vida de culto. El encuentro con un Dios que perdona y ama a sus enemigos produce, casi como un reflejo, una respuesta de adoración y alabanza. Hay un sentido en que el culto del pueblo de Dios en este mundo es la actividad más subversiva en que la iglesia puede involucrarse. En primer lugar, nos reunimos en su presencia para confesar que el Señor es Rey. Y a él debemos nuestra lealtad suprema,

no a los señores de este mundo que la reclaman para sí. Segundo, nos reunimos para recordar las misericordias de Dios y darle gracias. Nos nutrimos de la historia de la salvación a lo largo de los siglos para luego integrar nuestras vivencias para forma parte de la historia grande. De esta manera, las vivencias de los personajes bíblicos vienen a ser las historias de nuestra gente, de nuestros hermanos y hermanas. Tercero, nos reunimos para expresar nuestras necesidades. Ofrecemos a Dios nuestros fracasos y nuestros pecados. Precisamente debido a la rica historia de su fidelidad podemos acercarnos con nuestros problemas con confianza. Sabemos por experiencia común que Dios provee y que Dios ofrece su protección. Finalmente, nos reunimos para encontrarnos con Dios, invitando la presencia del Señor y buscando el sopro creador y restaurador de su Espíritu.

Necesitamos a la iglesia para formarnos en las prácticas y las costumbres que renovarán nuestro primer amor. Necesitamos a la iglesia para señalarnos los caminos de Dios y orientar nuestro caminar. Necesitamos a la iglesia para advertirnos y llamarnos de vuelta cuando erramos el camino. Necesitamos a la iglesia para confesar nuestros pecados y experimentar el perdón. Necesitamos a la iglesia para que,

junto con nuestros hermanos y hermanas podamos adorar a Dios y recordar de nuevo nuestra razón de ser como pueblo que anuncia el Evangelio de la paz y transformarnos en pacificadores al estilo de Jesús.

D) El Espíritu Santo y una Espiritualidad de Paz

En la Biblia el Espíritu Santo crea la vida y renueva toda la creación. "Envías tu Espíritu, son creadas, Y renuevas la faz de la tierra" (Sal. 104:30). También establece la justicia y la paz y las restaura cuando la justicia y la paz se estropean debido a los egoísmos y las violencias humanos. La paz y la justicia son obras espirituales por excelencia. Ante los resultados funestos de la maldad de su pueblo, el profeta anhelaba la intervención del Espíritu de Dios "hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, ... y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será la paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre" (Is. 32:15-17). Y muy especialmente, el Espíritu de Dios obraría por medio del esperado Siervo de Yahveh, "He aquí mi siervo, yo le sostendré; ... he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones" (Is. 42:1).

Efectivamente, esta misma visión sirvió de inspiración a Jesús. "El Espíritu del Señor está sobre mí, por

cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; ... a poner en libertad a los oprimidos" (Lc. 4:18). Así fue la misión de Jesús y también sería la misión de la comunidad ungida por el Espíritu en Pentecostés. "Entonces Jesús les dijo ... Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envió. ... Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20:21-22).

En un mundo lleno de injusticia y violencia en donde se piensa que la única salida es la destrucción de los enemigos opresores, hay otra alternativa. Es la alternativa del poder del Espíritu de Dios en el mundo. Este es el poder espiritual disponible en nuestra lucha contra los poderes del mal. La oración es la forma más básica de nuestra expresión espiritual. Nuestra preocupación por la paz y la justicia tiene que ser unida a la oración de la misma manera en que lo fue en la vida de Jesús. Nuestra espiritualidad se manifestará esencialmente en nuestra oración por nuestros enemigos de la misma manera en que Jesús oraba por sus enemigos. Su lucha en Getsemaní fue una lucha en oración.

Desafortunadamente, a muchos cristianos no se les ocurre la relación entre la oración y la opresión, las injusticias y la violencia; entre la oración y sus enemigos. Su espiritualidad está nítidamente encerrada en la esfera de lo religioso, totalmente separada del mundo de

las violencias y las injusticias y las amenazas de sus enemigos de carne y hueso. Pablo comprendía muy bien esta realidad. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad" (Ef. 6:12).

Por medio de la oración somos liberados para poder ver a nuestros enemigos en una nueva perspectiva. En la oración nos daremos cuenta de lo equivocado que hemos estado en cuanto a las intenciones e identidad de nuestros enemigos. Podemos ver el conflicto con una nueva objetividad que nos permite clarificar la situación. Nos libera para reconocer en nuestro enemigo otro ser humano por el cual Cristo murió también, al igual que para nosotros.

La oración nos ofrece la oportunidad para llegar a mayor claridad en cuanto a nuestras propias motivaciones; ¿qué estamos tratando de defender de lo nuestro, o qué intentamos lograr de nuestro enemigo? Por ejemplo, los ricos generalmente tratan de defender su abundancia excesiva y aquello que realmente les sobra y que muchas veces no echarían de menos si no lo tuvieran. Por otra parte, los oprimidos deben preguntarse si lo que ellos realmente necesitan y deseen

puede conseguirse de las manos de sus opresores mediante los instrumentos de los poderes de la muerte.

La oración nos permite descubrir estrategias y acciones alternativas que no se nos hubieran ocurrido de otra manera. Durante la época de la cortina de hierro en Alemania Oriental, unos de los pastores que trabajaba bajo el régimen comunista hablaba de la forma en que "Dios les creaba espacios y les abría puertas" que sin la oración no hubiera sucedido. Generalmente en situación de conflicto pensamos que hay sólo dos soluciones: la nuestra y la de ellos, la acertada y la equivocada. Pero en la realidad, siempre hay más. Por medio de la oración Dios puede revelarnos una tercera alternativa, un camino de paz.

La oración nos abre, tanto nosotros como la situación conflictiva, a una iniciativa de Dios que resulta ser mucho más poderosa que las peores amenazas del enemigo. Esta no es una estrategia puramente humanista. Es esperar la acción divina. Muchas veces en su historia el pueblo de Dios ha sido liberado del peligro gracias a una manifestación milagrosa del poder de Dios. Aunque no siempre hay garantías de su éxito, jamás debemos rechazarlo por ser una imposibilidad. Una respuesta violenta tampoco garantiza una salida feliz de situaciones

conflictivas. Es más, generalmente los medios empleados determinan los resultados logrados. La violencia siembra las semillas de más violencia. De acuerdo con la visión cristiana, la oración es más poderosa para lograr la salvación de víctimas inocentes que el recurso de las fuerzas armadas y sus bombas.

En la oración recordamos que Cristo también murió por las personas que nosotros tenemos por enemigos. Nos haría mucho bien detenernos a pensar que lo que pensamos hacer al enemigo estamos haciendo a la persona por la cual Cristo murió en la cruz. La cruz es el signo irrefutable del amor de Dios por sus enemigos. El Dios a quien servimos es así. Los que somos seguidores de Jesús no tenemos otra alternativa que colocarnos en la misma onda en que está Jesús; amar a nuestros enemigos y buscar su salvación. Crea una contradicción insostenible cuando la iglesia busca destruir a sus enemigos, mientras que el Dios a quien la iglesia pretende servir está buscando su salvación. En la oración esta contradicción se clarifica. De modo que la oración tiene efecto tanto sobre nosotros como sobre nuestros enemigos.

La oración nos coloca en la presencia de Dios. Esto, a fin de cuentas, es lo que realmente significa la salvación. Para lograr las fuerzas que necesitamos para vivir y para superar los efectos del pecado en nuestras propias vidas y

los efectos de la opresión que sufrimos debido al pecado de otros, necesitamos a Dios. En la oración nos abrimos, sin defensas, a la presencia de Dios. La comunidad primitiva, cuya vida se describe en los Hechos de los Apóstoles, nos ofrece un ejemplo del papel de la oración en su sufrimiento en manos de sus enemigos. Ante la persecución y las detenciones injustas que sufrieron los apóstoles, ellos no pidieron la destrucción de sus adversarios. Su oración fue otra. "Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús." La respuesta de Dios no se hizo esperar. "Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios" (Hech. 4:29-31; cf. 5:40-42). En lugar de pedir la destrucción de sus perseguidores, pidieron aún mayor fidelidad en su testimonio que, a la larga, resultaría en la salvación, no solo de ellos, sino también de sus enemigos.

"Mas seréis entregados ... y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni aun un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia (firmeza) ganaréis vuestras almas (salvaréis la vida)" (Lc. 21:16-19). El martirio de

Esteban nos ofrece una pista para comprender este misterio de cómo morir y salvarse a la vez. En nombre de toda la comunidad de creyentes, Esteban se puso a dar testimonio con una fidelidad arriesgada. Como consecuencia Esteban fue muerto a apedradas. Esteban murió con una oración de perdón en sus labios. Y de esta manera fue salvado de sus enemigos. Y en este caso, fue Dios, y no los enemigos de Esteban, que tuvo la última palabra. ¿Cuántas vidas inocentes fueron salvadas de la muerte, ese mismo día y en los días siguientes, debido a la forma valiente en que Esteban entregó su vida por su pueblo y por Cristo?

La vida y muerte de Esteban, al igual que toda una línea de mártires a lo largo de los siglos, ofrece un ejemplo de ese poder espiritual obrando en el mundo, estableciendo la justicia y haciendo la paz. Este mismo poder maravilloso del Espíritu de Dios operando en el mundo para restaurar el reinado de Dios, reinado de justicia y de paz, es el que el profeta Isaías había vislumbrado (42).





